

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

1º DE ENERO DE 1903

Nº 265

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



UN PRISIONERO

A Jesucristo

¡Que no crea en tí! Y entonces ¿adónde voy con mis dolores y mis esperanzas, cuando tú eres el único que ama y el único que perdona?

¡Que no crea en tí! Y si no fueras Dios ¿qué serías? ¿Hombre? ¿de qué región del Universo? El hombre odia, y tú amas; el hombre soberbea, y tú te humillas, el hombre se venga, y tú perdonas; el hombre rechaza á su hermano, y tú lo acoges como hijo tuyo; lo que él repudia, tú lo adoptas; él, siempre duro, tú, siempre exorable; él airado, tú manso; él violento, tú paciente; él deshonra y tú rehabilitas; él condena y tú absuelves; él calumnia y tú defiendes; él derriba y tú levantas; él mata y tú das vida;— y cuando llegas á ser víctima de su ferocidad y su injusticia, haces tribuna de tu cruz para defenderlo ante tu Padre y pedir la absolución de tu verdugo.

De hombre no tuviste más que el dolor. Y lo aceptaste para compenetrarlo de divinidad, y dejárselo al hombre, convertido en prenda de rescate y talismán de salvación.

Después de tí, el dolor es santo. Ya no desespera, sino promete; ya no hiere, sino sana; ya no destruye, sino purifica; antes era azote, hoy es bálsamo; antes, cadena de acero que ataba al hombre al poste del martirio, hoy, llave de oro que le abre á su esperanza la puerta resplandeciente de la eterna vida feliz.

¡Qué poder el tuyo! Con un rayo de luz haces de un enemigo tu Apóstol; con una mirada arrancas las lágrimas que salvan de los ojos de Pedro; con una palabra resucitas á Lázaro; con la orla de tu vestido disipas el dolor y ahuyentas la muerte; con un dedo en la tierra haces caer las piedras de todas las manos, y descender el perdón sobre un alma atribulada. Inmenso poder: ante él me arrodillo.

Pero amo más tu corazón. Tu piedad con el desgraciado, tu fraternidad con el pobre, tu misericordia con el culpable infeliz, tu ternura con el pequeño, tu compasión con el miserable; tus lágrimas sobre la patria, tus promesas al dolor, tus consuelos á todos, tu in-

menso amor á todos, tus esperanzas ofrecidas á todos,—y aquella formidable abnegación de padecer y morir por todos..... Eso no es de un hombre sino de un Dios.

Después de tí, ya tiene el hombre su camino, tiene ya la luz, tiene ya la verdad, tiene el secreto infalible de la dicha, el secreto de la paz, el secreto de la justicia, el secreto de la misericordia, el secreto de la salvación. En una sola palabra has resumido todo eso, con la misma divina concisión de la voz que creó el Universo; AMOR. Virtud celestial que has traído desde el cielo á la tierra para allanar todas las escabrosidades del mal y asegurar la felicidad de las almas.

Compadezco al que no te conoce y no te ama. ¿Quién le enseñará á ser dulce para ser amado? ¿quién le enseñará á perdonar para tener paz en el alma? ¿cómo comprenderá que ser justo con los otros es ser misericordioso consigo mismo? ¿dónde aprenderá que el amor es la sabiduría? ¿cómo se convencerá de que el dolor es dón de la Providencia, elemento de perfección, promesa de felicidad?

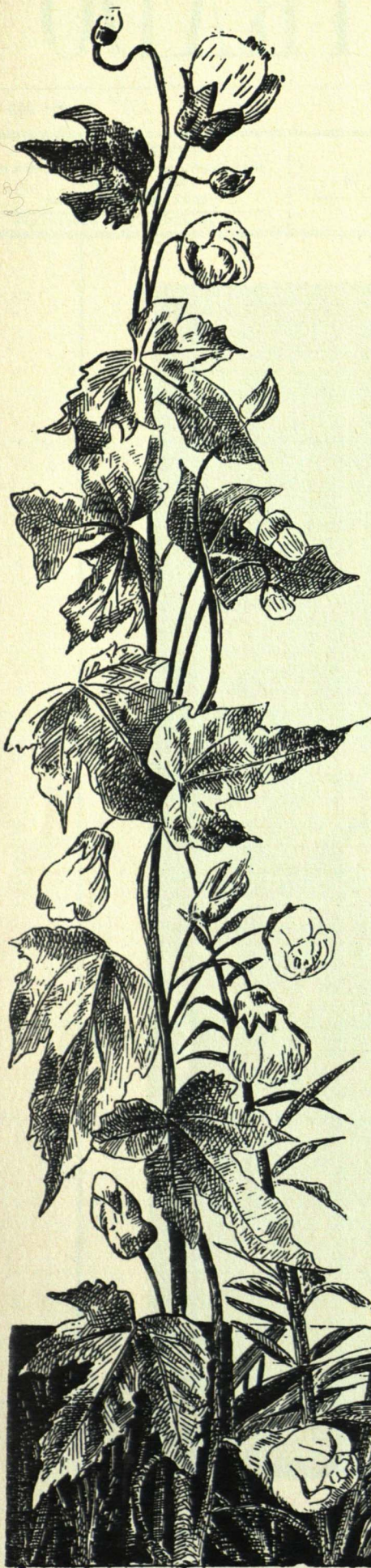
¿Con qué luz puede andarse sin tí por el mundo oscuro?

¿Cómo le digo á mi alma lacerada que perezca en la agonía de la tribulación, porque no hay quien salve ni consuele? ¿Qué significación tiene el dolor que no sea desastrosa para el entendimiento, funesta para la razón, y aterradora para el alma, si te niego, si no te oigo, si no te amo?

No;—yo te confieso de rodillas; yo te oigo para obedecerte; yo te creo para que la vida no me oprima como un castigo; yo te amo con el amor de mi corazón, con la ternura de mi gratitud, con el asentimiento de mi razón, con la convicción de mi conciencia.

Oyeme tú también á mí cuando te imploro;—conóceme ante tu Padre en el cielo, como yo te he conocido ante la humanidad en la tierra,—y ámame también como á uno de los miserables á quienes tanto has amado.

EDUARDO CALCAÑO.



JMHI



DEL JARDIN. — Por Hoeltz

~ Lámpara eucarística ~

I

En el templo silencioso, frío, inmenso del espacio
La enlutada noche reza su rosario de diamantes:
Por su manto de tinieblas, negro, lúgubre, viudal,
Se deslizan lentamente las estrellas tremulantes
Doloridas, vacilantes,
Como lágrimas piadosas por un paño funeral.

¡Oh las pálidas estrellas! ¿Son los ojos de los ángeles,
O las almas de los muertos que nos miran, tristes gentes
Desterrados en aqueste fosco valle del dolor?
¿Las aureolas de los santos, ó las lámparas ardientes
De las vírgenes prudentes
Aguardando soñolientas la venida del Señor?

II

En el templo majestuoso, claro, inmenso del espacio
La radiante noche teje su guirnalda de áureas flores
Que al altar del firmamento inefable aroma dan:
Y se entrebren dulcemente con suavísimos fulgores
Los luceros tembladores,
Y es un lirio blanco Sirio, una rosa Aldebarán.

¡Oh las pálidas estrellas! ¿Son las perlas de esos mares
Infinitos? ¿Son las joyas de la virgen esparcidas?
¿O las místicas antorchas del banquete celestial?
¿Son las luces de la Patria suspirada? ¿Las ya idas
Esperanzas tan queridas
Que murieron en las cruces donde esplende el ideal?

III

En la calma misteriosa de las noches estrelladas
La eternal magnificencia á la mente maravilla,
Al espíritu amedrenta con tremenda majestad.
Mas que el brillo de los soles amo yo tu lucecilla
Primorosa lamparilla
Que iluminas de la Hostia la profunda soledad.

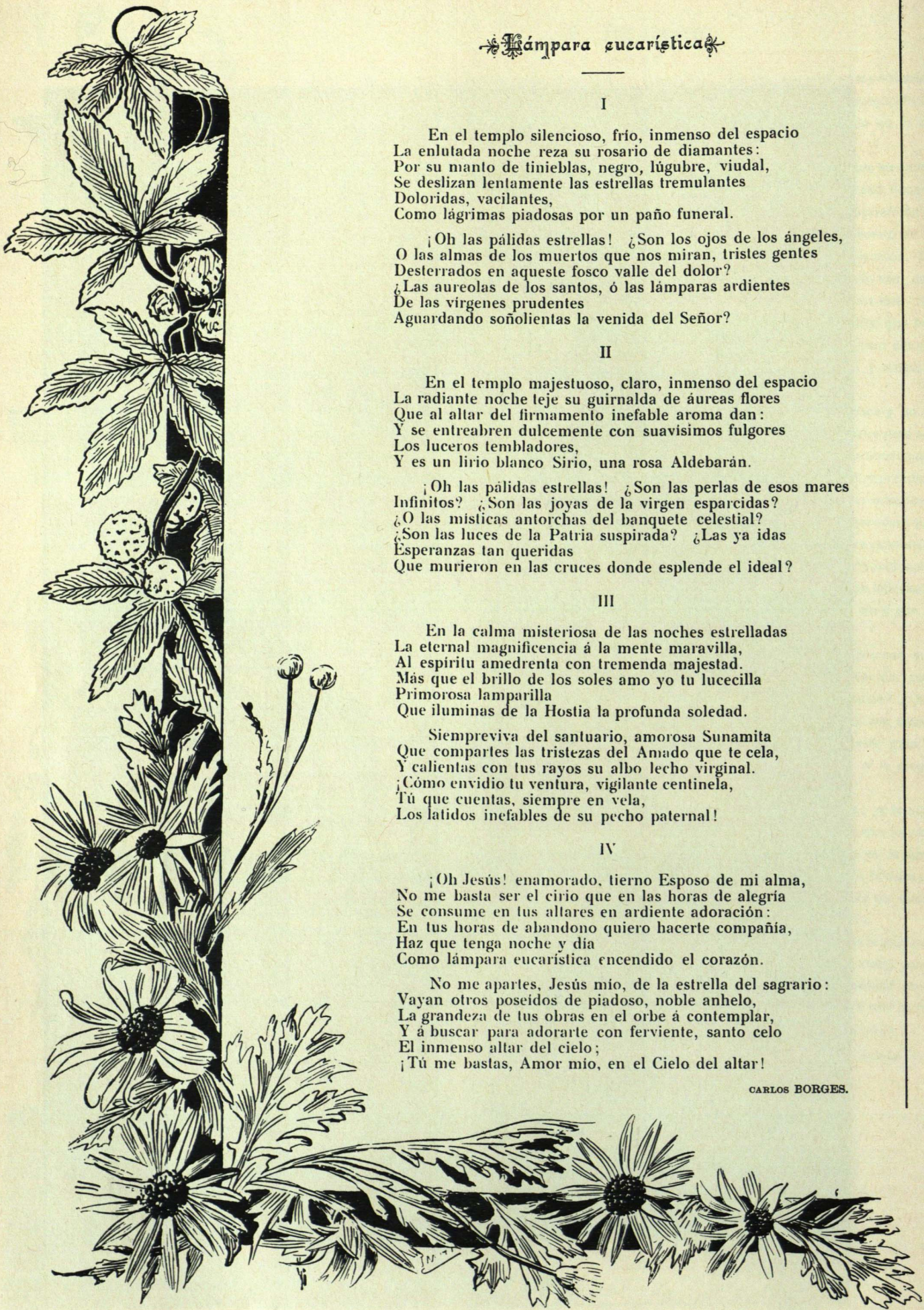
Siempre viva del santuario, amorosa Sunamita
Que compartes las tristezas del Amado que te cela,
Y calientas con tus rayos su albo lecho virginal.
¿Cómo envidio tu ventura, vigilante centinela,
Tú que cuentas, siempre en vela,
Los latidos inefables de su pecho paternal!

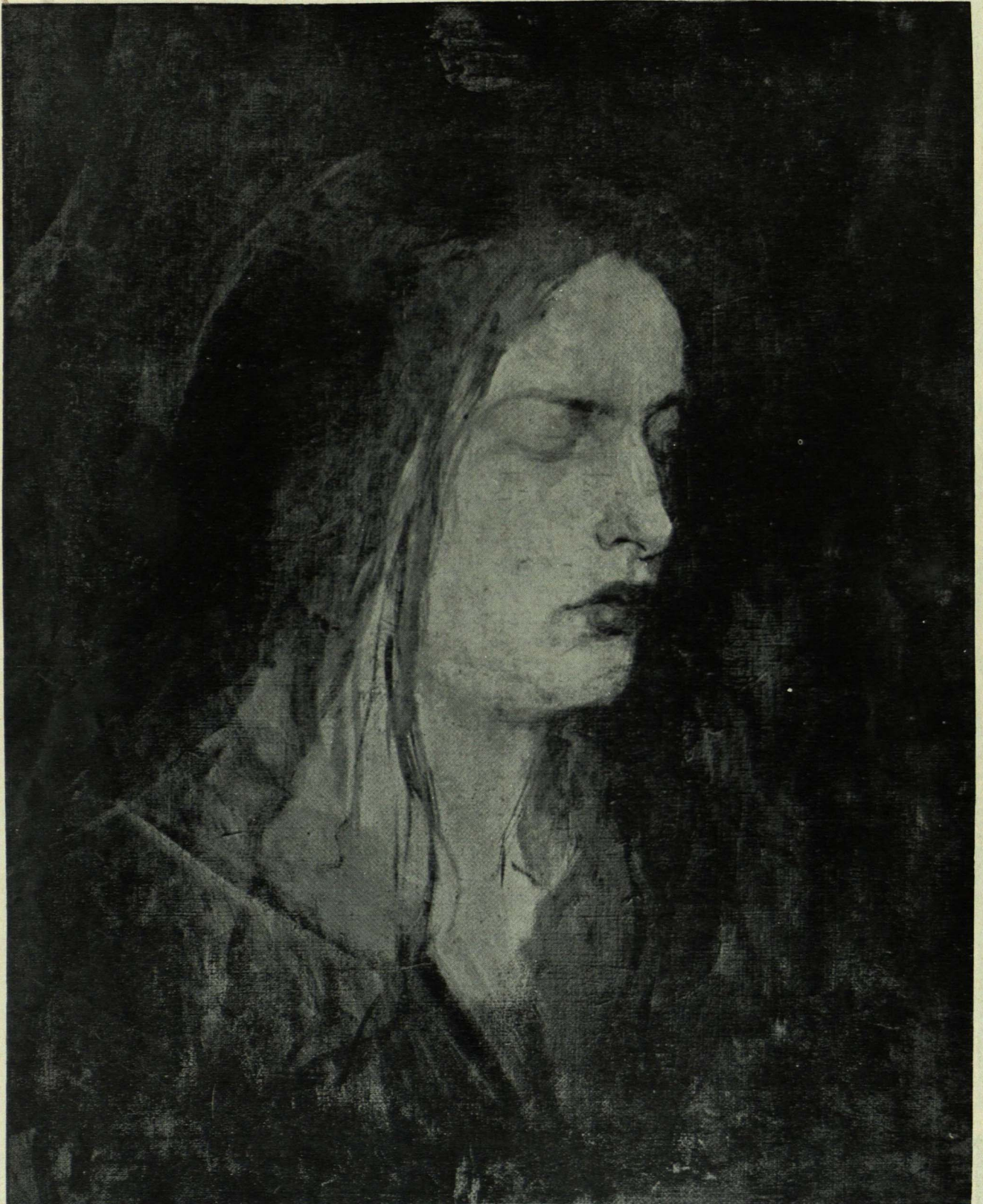
IV

¡Oh Jesús! enamorado, tierno Esposo de mi alma,
No me basta ser el cirio que en las horas de alegría
Se consume en tus altares en ardiente adoración:
En tus horas de abandono quiero hacerte compañía,
Haz que tenga noche y día
Como lámpara eucarística encendido el corazón.

No me apartes, Jesús mío, de la estrella del sagrario:
Vayan otros poseídos de piadoso, noble anhelo,
La grandeza de tus obras en el orbe á contemplar,
Y á buscar para adorarte con ferviente, santo celo
El inmenso altar del cielo;
¡Tú me bastas, Amor mío, en el Cielo del altar!

CARLOS BORGES.





CUADRO DE ARTURO MICHELENA

PALLIDA CONSORS

Vienes á mí, piadosa Redentora,
A la par que temida deseada;
Divina, misteriosa desposada
De rostro augusto y mano bienhechora.

No vienes, nó, cual furia destructora
Entre las sombras de la estéril nada:
Resplandece en tu faz luz increada
Que la virtud del Verbo en sí atesora.

Vienes á mí. Cansado peregrino,
Reposo y paz tras el combate quiero
Donde probó mis fuerzas el destino.....

A Ti, Señor, con llanto lastimero
La encanecida frente humilde inclino:
Justicia nó, misericordia espero.

MARCO ANTONIO SALUZZO.

LA PLEGARIA

I

No solamente tiene ángeles el cielo:
también hay un ángel en el corazón:
el ángel del corazón es la plegaria.

II

Al caer de la tarde hay espumas
que se quiebran en las olas: hay nubes
que se diafanizan en el éter, y rayos
que se desvanecen en lo alto. Esas es-
pumitas y esas nubes y esos rayos: ¿qué
otra cosa son, sino plegarias?

III

La luna, como hostia, se eleva en el
Oriente; las estrellas, como lágrimas,
se asoman en el cielo: las olas, como
quejas, sollozan en la playa. Y la luna
que se eleva, y las estrellas que lloran,
y las olas que plañen: ¿qué otra cosa
son, sino plegarias?

IV

El efluvio de las flores, el murmu-
llo de los bosques, el concanto de la
lira, las estrofas del poeta, el humo del
incensario; todo lo que suspira, todo
lo que es verdad, amor y gloria: todo
se eleva á Dios, todo es plegaria.

FELIPE TEJERA.

TRIUNFAL

La muerte en la empeñada
Contienda contra el sér, está vencida.—
¿Dónde existe el imperio de la Nada?
En cielo y tierra y mar, bulle la vida.

FELIPE TEJERA.

TU VOZ

A. M. G.

En mis instantes de soñar despierto,
Me fingió la voluble fantasía
Que, en rayos de oro, al declinar el día,
Volaba el alma en el azul desierto;
Y que armonioso, arrobador concierto,
Con notas de celeste melodía,
Poblaba el éter, cuando el alma mía
Llegó por fin al venturoso puerto.

Con el pecho cargado de emociones,
Me desperté de mi soñar profundo:
A ti debí tan dulces ilusiones,
Tu voz es pura fuente de consuelo,
Puesta por Dios en el erial del mundo
A fin de hacernos presentir el cielo.

FRANCISCO PIMENTEL.

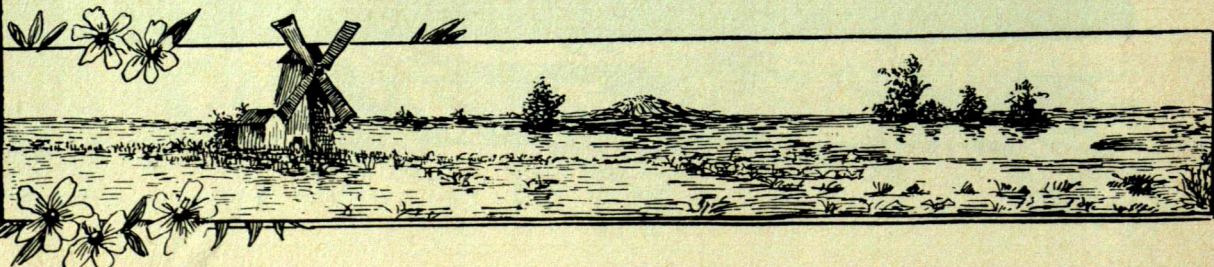
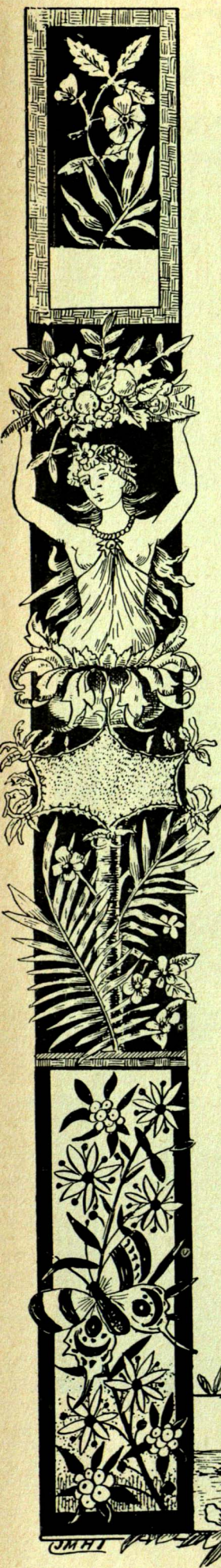
Soneto

A quien soñó defenderme

¿Conque al peligro, con heroico empeño,
Te lanzaste á salvar enardecida
Esta existencia, nave combatida,
Que el mar flagela con airado ceño?
Repítelo de nuevo, noble dueño,
Repítelo otra vez, Carmen querida,
¡Ni las dichas más grandes de mi vida
Me han hecho tan feliz como tu sueño!

Si fuera realidad tu engaño hermoso,
Para tu tierno, fortunado amante,
Imagina cuán dulce hubiera sido:
Reclinarse en tu seno voluptuoso,
Y, al compás de tu pecho palpitante.....
¡Hundirse para siempre en el olvido!

FRANCISCO PIMENTEL.





CUADRO DE HERRERA TORO



EL BESO

Oh, juventud! Oh amor! Con qué embeleso
 recuerdo de la suerte en los agravios,
 la divina impresión del primer beso
 que une dos almas, al juntar dos labios!

No hay, en la vida, ni en el mundo, nada
 que grave en nuestro ser más honda huella,
 que el beso con que el alma enamorada
 pactos de amor sobre los labios sella.

Al delicioso choque, estremecido
 el corazón, la sangre bulle, quema;
 y es música al sonar á nuestro oído,
 himno triunfal de adoración suprema!

Y á la sola memoria de ese instante
 en que todo en nosotros canta y vibra,
 responde, voluptuosa, palpitante,
 de llamas una onda en cada fibra.

Es un ardiente rayo que nos toca.
 Y el alma y la materia al par enciende;
 conjunción de la luz y de la roca,
 el alma que del barro se desprende!

Oh, juventud! Oh, amor! Siempreos bandigo
 aun de la edad entre las nieves preso,
 que, con dulce tristeza, va conmigo
 la divina impresión del primer beso!

HERALDIO M. DE LA GUARDIA.

JMHJ



EN LA AUSENCIA

Cansado estoy de batallar..... Mi alma
como atleta ya exangüe desfallece
sobre el frío regazo de la duda
cual si el postrer adios diese á la vida !
La risueña esperanza en vano entona
el salmo de la dicha y tiende, ufana,
como alondra divina al cielo obscuro
las alas palpitantes.....

Ya no brilla
radiosa como el sol la fe sincera

de mi primera edad ; las ilusiones
emigraron como aves que presienten
las brumas del invierno, y fugitivos
vânse los ideales que besaron
mi frente entristecida de poeta
y amante soñador.....

¡ Oh mi ventura !
¡ Oh mi doliente amor ! Oh mi adorada

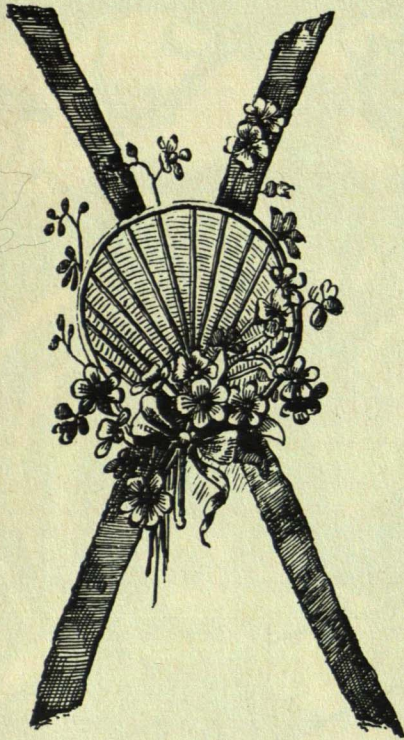
musa riente de mis bellos días !
Ven, y reclina tu cabeza blonda
sobre mi pecho enfermo, y como enântes
haz que vibre en mi lira, placentera,
la canción del amor ! Haz que reviva
mi yerma juventud ; haz que mi alma
olvidando sus íntimos dolores
cual otro tiempo se engalane en flores !

GABRIEL E. MUÑOZ.



JMHI

(INÉDITO).



Sueño de novia

Nada turba el silencio; nada roba la quietud imperante de la alcoba donde duerme la novia casta y pura; y, arrebutada en sábanas de armiño, su faz refleja la expresión de un niño que sueña con un beso de ternura.

Entrecerrado el párpado sedeno y en su boca de púrpura el risueño dulce candor de virginal capullo, tibio el aliento y perfumado exhala cual el roce suavísimo de un ala, cual la nota muriente de un arrullo.

En los hombros de mármol, destrenzada, como un áureo girón de la alborada, su espesa y blonda cabellera, espesce; y apoyando una mano en la mejilla, breve mano de rosa, donde brilla el anillo nupcial, amor trasciende.

Belleza idealizada, en la postura de su cuerpo gentil, la virgen pura más semeja la estatua del ensueño que un sér que duerme sobre lecho blando... ¡Es porque en ese instante está soñando con sus ansias de novia y con su dueño!

Sueña que hacia el país de la quimera, donde ríe la eterna primavera, donde una eterna juventud se alcanza, entre cojines de fragantes flores, va con su amado bien cantando amores en la góndola azul de la esperanza!

Y mientras ella sueña, de su boca, ánfora diminuta, el beso invoca la oculta llama que dos almas quema: y es su sueño tan dulce, que en la estancia parece que se rima en la fragancia de sus nítidas curvas un poema!

L. TORRES ABANDERO.

Gloria, ambición, amores,
Yo en el altar de la esperanza mía
Culto fiel os rendía:
Allí regó mi juventud sus flores;
Allí mi corazón, mi fantasía,
Soñaron con un mundo de esplendores...

Huyeron ¡ay! huyeron,
Y quedó mi horizonte solitario.
¿Quién volverá la lumbre á los que ardieron
Como soles, de mi alma en el santuario?
Mis dulces ilusiones
Murieron cual los sonos
Del cisne amante que cantando expira;
Como muere la efímera hermosura
De la flor en la cálida llanura
Bajo el ala del viento que suspira.

Y hora ¿quién se levanta en el oscuro
Reposo del pasado desvarío?
Como al poder de lúgubre conjuro,
Sombras siento vagar en torno mío...
Y ni un rayo de luz para mis ojos,
Ni un poco de calor para mi alma.
¿Qué son estos despojos
Que así me cercan con siniestra calma?
Bien os conozco ya: sois las memorias
De cuanto amó mi corazón ardiente;
Sois las mentidas glorias
Que fatigaron mi abrasada mente;
Sois las reliquias yertas
De todas las venturas que en un día
Vió la esperanza mía
En el erial del desengaño muertas.

Espectros del pasado,
¿Qué me queréis? Recuerdos punzadores
En vano en mi redor se alza enlutado
Ese tropel de sombras con que el hado
Aumenta sus rigores.
Como el bajel perdido
En el seno imposable de los mares,
Quedaron mi esperanza y mis pesares
En la tumba callada del Olvido.
Recuerdos, apartad; quiero la vía
Donde la planta nuevo,
Solitaria, vacía...
Como la noche que en el alma llevo.

JACINTO GUTIÉRREZ-COLL.



El treinta y uno de diciembre á las doce de la noche, cuando la campana canta con su lengua de bronce la epifanía del año nuevo, en la Plaza Bolívar todos se abrazan, y los ojos de la estatua se iluminan con una maravillosa ilusión; cuando la campana cual una gran flor sonora deja caer sus doce pétalos sobre la multitud, el Libertador ve á sus pies el pueblo que soñó: unido al fin en un abrazo generoso y fuerte, y siente entonces renacer la esperanza que perdió en los tristes días de San Pedro Alejandrino, cuando sus manos de agonizante reposaban en el lecho con infinita pesadumbre, cuando los sollozos del mar eran un eco de su propio corazón.

El resto del año, Simón Bolívar en su corcel olímpico, sufre una incomparable melancolía. El ha oído las palabras de los falsos patriotas, de los falsos héroes, de los falsos apóstoles, y su espada no pudo herirlos en el pecho; él conoce al espía, al traidor, al que compra la hija del pobre y bebe en copa de oro las lágrimas que el miserable vierte en su desolación, y no pudo golpear sus frentes con los cascos de su caballo; él ha visto marchitarse las coronas que pusieron en el granito del pedestal y disiparse los más bellos entusiasmos; él escucha el grito que implora misericordia, y no puede llevar el pan y el agua á los que tienen hambre y sed de justicia. Pero el bronce siente la santa cólera y la suprema piedad ¡oh tranquilos parroquianos de la Plaza Bolívar que por una moneda de níquel compráis el derecho de vivir sentados bajo el parpadeo de las lámparas eléctricas, bajo los cielos color de violeta y los árboles que deshojan sus flores de sangre!

Las noches de retreta el alma lírica de Simón Bolívar se llena con la divina embriaguez de la música, y recuerda las tardes doradas de Lima, y el rumor de los bosques, y los crepúsculos de las pampas, y la nieve de las cordilleras, y las verdes palmas de la victoria, y los besos de Manuelita Sanz, y sus juegos infantiles, y su casa paterna, ahora destruida por los mercados... Gusta que los niños jueguen á su alrededor y se divierte con las bombas de papel, las guirnaldas de fanales y los lirios de fuego que se abren en el terciopelo del espacio. Un tiempo fue menos desdichado porque dos golondrinas hicieron un nido en su tricorno....

En el silencio profundo de la media noche, cuando la ciudad duerme y solo algún perro cruza fugitivo por la Plaza ó algún mendigo reposa en un escaño del pedestal, un sueño loco se apodera de su espíritu: sueña que su caballo se convierte en Pegaso, que su capa bate el éter como un ala, y que en vuelo vertiginoso va arrancarse de la tierra y á perderse más allá de las estrellas, dejando un reguero de chispas en el camino de los astros.

PEDRO-EMILIO COLL.



LA FOTOGRAFIA. — Por Héctor J. Soto



PARA JUAN R. JIMÉNEZ

Apenas te conozco, y sé que eres mi hermano. Desde muy atrás lo presumía: ahora estoy seguro. Lo presumía leyendo tus *Almas de violeta*; contemplando, grabada en el comienzo de tus *Ninfeas*, tu enjuta efigie de adolescente doloroso; y sobre todo, recordando aquella carta en que tu alma, deshecha en quejas, me pintaba el infierno de amarguras de cierto medioliterario. Cuando escribías esa carta, ya le dabas la espalda á la gran ciudad española en donde padeciste mucho, y caminabas de regreso al mediodía, hacia donde, ebria de sol, se mira en el cristal de la onda mediterránea la blanca maravilla de tu pueblo. Entonces, tal vez creías terminado tu viacrucis. En realidad, apenas tus ilusiones empezaban entonces á deshojarse, pétalo á pétalo; apenas unos pocos de

Los pétalos melancólicos de la rosa de tu alma

quedaban detrás de tí, caídos en el fango de la gran ciudad enemiga, respondiendo á la inexorable hostilidad ambiente con la nobleza de su aroma.

Cuando abandonaste por la ciudad tu radioso pueblo mediterráneo, blanco y azul, creías en la omnipotencia de la gloria y en el valer de los aplausos. Te entregaste, de seguro, confiadamente á la embriaguez del primer elogio. Lo creíste de buena

ley, hecho con oro ingenuo como el oro de tu espíritu, cuando en verdad es obra de oro vano. De ahí quizás tu primer dolor..... Aprendiste á no ver en el más espontáneo homenaje sino vaciedad y frío; á percibir, bajo la más dulce lisonja, un venero de asechanzas; y á mirar en las loas, en apariencia derechamente enderezadas á tí, saetas mortales para el pecho de un tercero. Poco á poco, si bien demasiado á prisa para tu ingenuidad, la más rehacía de las lepras comenzó á revelársete bajo la más joyante de las púrpuras. Al salir de tu pueblo, rumbo á la ciudad, esperabas hallar en los hombres el mismo prestigio de belleza con que tu alma de catecúmeno del arte empavesaba las palabras de escritor, poeta y artista. Y otra vez la ilusión huyó de tí con vuelo de paloma..... Entre los más altos elegidos de la Belleza, descubriste los hombres más prosaicos. Muy pocos hallaste suficientemente ricos para embellecer por igual su vida y su obra. Los más de ellos invertían toda su belleza interior en la obra de arte, y quedaban exhaustos de belleza. No reservaban para sí propios ni una chispa. Eran, en el mejor de los casos, como odres huecos. Los más jóvenes iban llenos de envidia ó petulancia, en tanto que los más viejos, aquellos que llevaban un manto de púrpura, aquellos á quienes las canas prestaban su armíño más suave, eran como sepulcros por de fuera cándidos y por dentro colmados de tenebrosa inmundicia.

Al hallazgo de esa verdad, quizás la apretarías contra tu seno, tratándola de sofocar bajo tu capa, como hizo con otra pequeña verdad el gran Zarathustra. Tenla bien bajo tu capa, de modo que sus gritos no se escuchén; que de otra suerte, más de un buen maestro quedaría en una postura lamentable.

Tus versos eran entonces los de un adolescente que buscaba su vía. Tanteabas. Andabas en persecución de rimas nobles y de un ritmo nuevo. Simpatizabas con los poetas recién venidos que en América lograron reducir y enternecer el indómito verso español, hasta hacerlo dócil cauce de la más fina música. Y esa tu simpatía no se manifestó sin provocar en un mismo punto la antipatía de los dómimes patrioterros. Implacable, como el odio del impotente, fué á tu olorosa aldea lejana á herirte en forma de calumnia. Después de romper contra los más excelsos poetas americanos, el forjador de la calumnia te representaba, perdido para las letras, vil pavesa de humanidad abandonada por la vida á la playa más lúgubre, en el patio del manicomio. Dos veces ví editada la calumnia. Esta, según parece, no es criminal: no la rechazan, antes la acogen como un bien del cielo cuando la inventa alguno so color de crítica.

A los dolores que debiste de padecer como artista en ese tiempo, se sumaron los dolores más graves del hombre. Viste caer á tu padre como un árbol en el surco. También viste quizás caer en el surco á tu novia como una espiga tronchada.....

Y cuando yo te creía perdido sin remedio para el arte, para siempre vencido, hé aquí que te apareces, volviendo del fondo de tu soledad como un fantasma volviendo de la lóbrega playa del manicomio adonde te había arrojado la calumnia, con un libro de rimas en la mano, á castigar con tus *Rimas*, como con un gajo de almendro en flor, la boca del criticastro irreverente. En el silencio, trabajabas. Trabajabas, como la sangre del hom-

bre y como la sangre del árbol, en un silencio lleno de ritmo. De tus dolores, exprimías vino y miel con que llenar el cáliz de la estrofa.

Tristes, blancas, tiernas, tus *Rimas* van, dispuestas en armoniosa gradación, á condensarse en aquella lágrima que brilla sobre la palabra *fin*, cerrando el libro como un diamante puro.

El corazón de que os hablo
Es mi amigo, y sabe bien
Que mi vida es una lágrima
Que no acaba de caer.

De cada estrofa, de cada verso, hasta esa lágrima del fin, surge una tristeza noble, exquisita y suave: natural fragancia de unos versos que son flores. Porque ya en tu último libro no tanteas, ni con sabia paciencia te consumes en trabajo de orfebrería. Como un prado, floreces. Tus versos brotan, sin grandes extremos de cultura, como las margaritas de los campos. Cuando los destinas al vuelo de la saeta, con el rubí de tu sangre les enjotas las puntas. Cuando nó, les das el molde sutil de una caña vaporosa en donde vieres el áureo manzanilla de tus lágrimas. Pero siempre, ya rebosen en la púrpura de tu sangre ó en el vino rubio de tus lágrimas, llevan ajustada á su frágil cuerpo sonoro la coraza de los lirios. En tu libro, todo, todo es blanco. En él son blancas las flores: jazmines, flores del almendro florecido en medio al último llanto invernal, rosas de nieve; en él son blancas las niñas: las predestinadas á caer, como hojas muertas, al suspiro del otoño, y las que cantas como *el epílogo azul del invierno*; blancas las vírgenes muertas, y blancas las cruces que en el cementerio clavaron sobre sus tibios despojos; blancos los inconscientes retozos de los niños en el sillón vacío por la muerte de tu padre; y blanca, del blancor de la nieve, la cajita en que llevaron á enterrar á la novia difunta.

Lo que tú querías, en tu amor infinito, hacer con el mundo, yo lo he hecho con tu libro candoroso, delicado y candoroso como un manojo de azucenas:

¡Ah, si el mundo fuera siempre
Una tarde pertumada,
Yo lo elevaría al cielo
En el cáliz de mi alma!

Pero, sobre la inverosímil blancura de tu libro pasa la más dulce y melancólica obsesión de la muerte. Como un breve ataúd blanco es tu libro. Apenas, entre la nieve de las flores y la nieve del ataúd, florece discretamente una rosa de sangre:

En la cajita nevada
Llevarónla al cementerio;
Manaba un hilo de sangre
De la herida de su pecho.

¡Has querido enterrar. en esa caja, tu juventud, ó tu ilusión de poeta, ó el amor de tus veinte años? No lo sé. Tan solamente sé que ese ataúd exige tributo de albas flores. Por eso, apretándolo contra mi pecho lo llevé á donde florecen todavía,



en el secreto de mi alma, los jardines de mi adolescencia; lo llevé por un sendero escondido al cerdo y á la hiena de la literatura; y sobre la tapa de tu breve ataúd blanco deshojé todo el candor de mis jardines. Con más puro sacrificio no podía celebrar, éste tu hermano mayor que ya dio un paso más allá de la funesta linde de los treinta, el advenimiento de la blanca y dolorosa primavera de tus veinte años.

¿Has querido con las blancuras de tu primavera amortajar tu ilusión, ó tu juventud, ó el amor de tu juventud? ¿O bien has querido entretejer con flores de nieve tu propia mortaja? ¿La dulce y melancólica obsesión de la muerte que pasa por entre las *Rimas* como un calofrío, será el presentimiento de tu propia muerte próxima? Así me lo dan á entender algunos de tus versos que parecen cantar la canción de la despedida. Así me lo da á entender la dirección de tu tarjeta, con su tremendo laconismo: *Sanatorio del Rosario*.

Oh! nunca! nunca! ¡Que el presentimiento cierre su boca despiadada! ¡Que la tisis no plante sus pensiles de violetas en tus párpados de soñador, ni manche la tersura de tu rostro con sus pálidas lises crueles! ¡Que la albura de tu primavera sea como la albura del azahar: promesa de pomas de oro! ¡Que sean todas tus flores como las blancas estrellas fragantes del naranjero de tu país, de aquellos naranjeros que, una vez, en tierra sevillana, me dieron la bendición de su perfume. Tu destino es florecer: florece. Alza tu lira, y muéstrala, toda blanca de flor, como un tirso. Y que siga cumpliéndose la palabra con que bendijo tus primeros pasos un gran poeta, maestro y amigo tuyo:

La Belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

1902.

DE «RIMAS»

PRIMAVERA Y SENTIMIENTO

Estos crepúsculos tibios son tan azules, que el alma quiere perderse en las brisas y embriagarse con la vaga tinta inefable que el cielo por los espacios derrama, fundiéndola en las esencias que todas las flores alzan para perfumar las frentes de las estrellas tempranas. Los pétalos melancólicos de la rosa de mi alma, tiemblan, y su dulce aroma (recuerdos, amor, nostalgia), se eleva al azul tranquilo, á desleírse en su mágica suavidad, cual se deslíe en un sonreír la lágrima del que sufriendo acaricia una remota esperanza.

Esta desierto el jardín; las avenidas se alargan entre la incierta penumbra de la arboleda lejana. Ha consumado el crepúsculo su holocausto de escarlata, y de las fuentes del cielo (fuentes de fresca fragancia), las brisas de los países del sueño, á la tierra bajan un olor de flores nuevas y un frescor de tenues ráfagas..... Los árboles no se mueven, y es tan medrosa su calma, que así parecen más vivos que cuando agitan las ramas; y en la onda transparente del cielo verdoso, vagan misticismos de suspiros y perfumes de plegarias.

¡Qué triste es amarlo todo sin saber lo que se ama! Parece que las estrellas compadecidas me hablan; pero como están tan lejos, no comprendo sus palabras. ¡Qué triste es tener sin flores el santo jardín del alma, soñar con almas floridas, soñar con sonrisas plácidas, con ojos dulces, con tardes de primaveras fantásticas!..... ¡Qué triste es llorar, sin ojos que contesten nuestras lágrimas! Ha entrado la noche; el aire trae un perfume de acacias y de rosas; el jardín duerme sus flores..... Mañana, cuando la luna se esconda y la serena alborada dé al mundo el beso tranquilo de sus lirios y sus auras, se inundarán de alegría estas sendas solitarias; vendrán los novios por rosas para sus enamoradas; y los niños y los pájaros jugarán dichosos..... ¡Almas de oro que no ven la vida tras la nube de las lágrimas!

¡Quién pudiera desleírse en esa tinta tan vaga que inunda el espacio de ondas puras, fragantes y pálidas! ¡Ah, si el mundo fuera siempre una tarde perfumada, yo lo elevaría al cielo en el cáliz de mi alma!

JUAN R. JIMÉNEZ

Me he asomado por la verja del viejo parque desierto: todo parece sumido en un nostálgico sueño.

Sobre la obscura arboleda, en el transparente cielo de la tarde, tiembla y brilla un diamantino lucero.

Y del fondo de la umbría llega acompasado el eco de algún lago que se queja al darle una gota un beso.

Mis ojos pierdo, soñando en la bruma del sendero; una flor que se moría ya se ha quedado sin pétalos.

De una rama amarillenta, al temblar el aire fresco, una pálida hoja mustia dando vueltas cae al suelo.

Ramas y hojas se han movido, un algo turba el misterio; de lo espeso de la umbría, como una nube de incienso, surge una virgen fantástica cuyo suavísimo cuerpo se adivina vagamente tras blanco y flotante velo; sus ojos clava en los míos y entre las sombras huyendo, se pierde callada y triste en el fondo del sendero.

Desde el profundo bosque llega monótono el eco de algún lago que suspira al darle una gota un beso.

Y allá sobre las magnolias, en el transparente cielo de la tarde, tiembla y brilla una lágrima-lucero.

El jardín vuelve á sumirse en melancólico sueño, y un ruiseñor dulcemente gime en el hondo silencio.

JUAN R. JIMÉNEZ

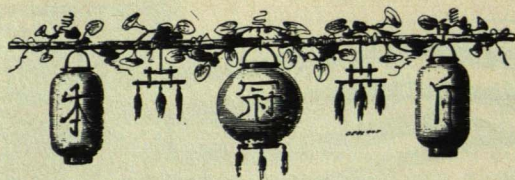
Esta noche hallé en mi sueño lo que ayer tarde soñé; pero el alba me ha besado, el alba suave y cruel.

¡Qué dulcísimo crepúsculo fue el crepúsculo de ayer! llegó á verme en mi tristeza un corazón dulce y fiel.

Venía de allá del mundo y trajo á mi padecer un perfume de ilusiones, de esperanzas y de fe.

El corazón de que os hablo es mi amigo, y sabe bien que mi vida es una lágrima que no acaba de caer.

JUAN R. JIMÉNEZ.



Hoy....

Ya no vive sino en el nostálgico país de los dolientes recuerdos.....

Su nombre la envolvía como un manto formado por exhalaciones de su sér. Blanca, sencilla, como un lirio campesino rimador de aromas á la orilla de las dormidas lagunas; su voz, como los sonos de un arpa antigua en cuyas cuerdas durmiesen las tradiciones ya imposibles de una edad caballeresca; dulcemente lánguida, tiernamente triste, como rosas que se abaten todavía jóvenes bajo los crepúsculos, llamábase Inocencia, y era pura, ingenua y leal.

Viajera en mis ensueños, murmuraba inspiraciones de rectitud, de sinceridad y de nobleza. Enamorada de su égida la Victoria, venia ésta á deponer sus laureles triunfales sobre las sienas del lidiador; hasta que un día, la falacia, el dolo, la ingratitud y la villanía, en concierto mendáz y vil, nutrieron sus huestes miserables con todos los conscriptos de la ruindad, asaltaron á la Inspiratriz sacrosanta, y celebraron apoteosis infame sobre el cadáver de la virgen, enseñando que en estos bajos fangales ya no pueden descogerse pétalos eucarísticos de lirios intactos.....

Habría sido hermoso y noble que cuando ella hubiese señoreado las cimas de la Vida, sus hermanas, que también son hijas de un ensueño alguna vez en estos mundos entrevisto, hubiesen venido á poblar el duro país de Realidad; y á cubrir con rosas inmortales su aridez, y á ahuyentar con cantos de amor el silencio de su cielo!.....

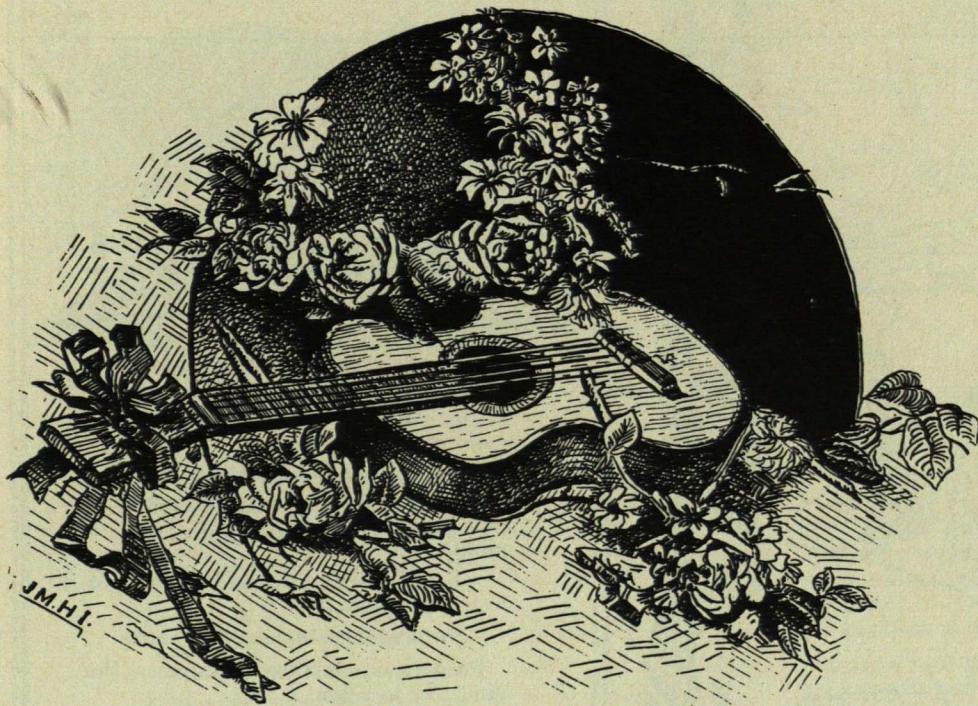
Robusta progenie, fiera de todas sus integridades, habría derivado de aquellas nupcias de la rectitud implacable y del candor sereno; y no vivirían, como de hoy para siempre jamás, en remoto exilio, el Honor y la Hidalguía, que han huido estupefactos de que ya, sobre el polvo de los lises difuntos, extintos los sonos de las viejas trovas caballerescas, no pueden pronunciarse, sin rubor y sin peligros, las bellas palabras de orgullo, gloria y altivez, que son entre otras gentes blasón de la humana estirpe!

¡Viajera de mis ensueños, Egeria de mis luchas, mártir de un ideal ya imposible! puesto que hoy ya no vives sino en el país doliente de los recuerdos, en cuya portada sólo quedan las siluetas de cómo eras melancólica como los sonos de un arpa cantora del amor antiguo, sencilla y blanca como un lis campesino, y dulcemente lánguida como rosas jóvenes caídas bajo la tristeza de los crepúsculos; puesto que también has muerto con este último año de agonías, y del escudo del gladiador aun en pie ha sido borrado tu nombre por el asalto de las vilezas en contubernio, es permitido escribir en su lugar—para rescatar tu vida—la divisa inmisericorde del Breno vengador:

Vae victis!.....

ELOY G. GONZALEZ.





LA GUITARRA

CUENTO BLANCO

Al señor J. M. Herrera Trigoeyen.

Eran felices, porque tenían poca ambición, quizás ninguna; á lo menos, de esa ambición consciente que quita el sueño y no deja saborear los goces inocentes y fáciles de la vida, que son los mejores, sollicitado el pensamiento á toda hora y á cada instante por aquellos que ó no suelen alcanzarse nunca, ó si se logran, es tan sólo como engendro de otros y otros más, prole funesta, matadora por lo común de quien le da abrigo poniéndole un amor que no merece.

Un modesto pasar y muchos hábitos de orden y economía de puertas adentro, y del umbral para fuera una corta pero selecta suma de afectos sociales; la naturaleza que sonríe *mostraba en esperanza el fruto cierto* de una unión pura y digna, como promesa de mayores venturas en el hogar, santificado por la inocencia y el amor; la mutua confianza del uno para el otro en aquellos dos seres, la que, lejos de entibiarse alguna vez, parecía robustecerse, ó mejor, por fuerza tenía que avigorarse con las constantes prendas recíprocas de una fidelidad intachable; la edad y los atractivos físicos, la identidad de gustos, la ecuanimidad encantadora de ambos caracteres, formando otras tantas causas eficientes de sosegada dulzura en la vida doméstica: todo ello hacía de las cuatro paredes de Emilio y Clara algo más deleitable y hermoso, si cabe, que aquel sitio sin puertas ni muros, pero con plantas y aves, y fuentes y flores, en que plugo á Dios colocar á la primera pareja feliz que de Él mismo recibió en la tierra la bendición nupcial.

Si alguna vez pudo la joven esposa ver pasar una nubecilla por delante del disco radioso de su sol de felicidad, no sería porque la mirada del amoroso consorte se detuviera demasiado insistente sobre el rostro de otra mujer en la calle ó en el paseo... La que pudiera conceptuar en cierto modo

por rival peligrosa, estaba dentro de la propia casa, en la alcoba misma de Emilio... Y de hecho que Clara llegó á sentir al principio, si no la herida, al menos el escozor de los celos, cuando al volver Emilio del diario trabajo, antes de buscar en ella la dulce conjunción de los labios siempre dispuestos á llevar á los suyos la miel fortificante y embriagadora del beso que no sonroja, se iba á tomar entre sus brazos á aquella otra amada, que le pagaba sus caricias con sonos regalados como arrullos de felicidad.

—Más piensas en tu guitarra que en mí, le dijo ella en cierta ocasión de esas, con su poquillo de déjome de amargura en la voz.

—Andá, tonta, le contestó él. No tengas celos de la pobre, que su amor, con haber sido antes que el tuyo, no vive sino por el tuyo mismo. Créemelo: si tuviese la desgracia de perderte, la enlutaría para colgarla á la cabecera de mi cama y no volver á tocarla nunca; porque el alma que está dentro de élla es la tuya y contigo se iría al cielo, dejándome solo para siempre. Y si soy yo quien he de irme primero, desearía que tú...

No pudo expresarlo por completo: Clara le tapó la boca sin pronunciar palabra, con un beso todo amor, rociado con lágrimas de infinita ternura, y nunca más volvió á darle celos por aquella rival, con quien siguió viviendo en la más íntima armonía.

II

¿Por qué llegó el invierno y aterió el nido de la dicha? Porque hay por encima de toda previsión y de toda esperanza humana, una voluntad que crea y destruye sin darnos cuenta de sus designios ni dejarnos saber con certidumbre si el dolor es nuestro lote ó es el crisol con que pasamos á una felicidad más estable que cuantas podemos disfrutar en la tierra.

Un enfermo que, con sufrir mucho, sufre menos por sí que por los que le rodean: la escasez, precursora inmediata de la miseria, despojando poco á poco las cuatro paredes de todo cuanto hizo modestamente cómoda dentro de su recinto la existencia de dos seres felices; una esposa que vela

y gime en silencioso sacrificio, fatigándose en la labor de día y noche, interrumpida apenas por los cuidados que prodiga al padre que se consume lentamente y al hijo que aún no puede medir la magnitud del infortunio, que se mueve y se agranda más y más al rededor de la cuna en que duerme el sueño tranquilo de la infancia: hé allí la mutación de la escena, el paso común y vulgar de esta dicha terrena, tan efímera y tan codiciada sin embargo.

Pero la escasez no ha sido extrema aún. Al menos, Clara no quiere que la advierta el desgraciado esposo, y aquella prenda querida se ve muchas veces en los brazos del dueño, remudados los lazos de colores con que la rival antigua se complace ahora en ataviarla, creyendo que así engaña el sufrimiento de Emilio y su propia pena, porque él sonríe con fingida satisfacción de niño complacido en un capricho, y pulsa aquellas cuerdas arrancándole extrañas melodías que acompañan su voz, debilitada por la enfermedad, sí, pero siempre dulce, siempre armoniosa y dócil á todas las modulaciones del sentimiento.

Y así, por una de esas grandes ironías de la vida, á los ayes que la dolencia física produce en el enfermo, suceden durante el pasajero alivio las armonías de la canción lánguida y voluptuosa de nuestros abuelos, el pintoresco y alegre corrido de los Llanos, el tango sensual de la Habana, los aires dulcemente tristes del bambuco de Colombia.

¿Cuándo es mayor el sufrimiento de la pobre Clara: en aquellos momentos en que la agudeza del dolor parece anunciar la proximidad de la hora suprema, ó en estos otros en que se diría que el alma de Emilio quiere confiar á la guitarra sus más íntimas dulzuras para que al despedirse élla de este mundo queden allí viviendo al lado de aquel sér que le ofrece con la sonrisa en los labios y la muerte en el pecho, todo el tesoro de su abnegación y de su amor?...

III

Meses después del entierro, Clara dejó una tarde al pequeñuelo confiado á una buena vecina, y voló al Monte de Piedad, provista de la tan guardada papeleta y del dinero necesario, reunido céntimo á céntimo y á fuerza de vigiliias y privaciones.

Todo lo vendido, perdido podía quedarse: la cama de matrimonio, la cuna de Emilín, las mesitas... todo; pero aquella prenda empeñada no se podía dejar en la vorágine: rescatarla era salvar una memoria que valía más que la vida.

Y trayéndola luego á casa, en efecto, envuelta en un manto, le puso aquellas cintas negras que de paso había comprado, y la colgó en la pared, muy cerca de la cabecera del pobre catre que servía de lecho común á ella y á su hijo.

Cuando Emilín entró en la estancia, curioso como todo niño, viendo la enlutada guitarra, preguntó en la encantadora media-lengua en que ya comenzaba á explicarse:

—Qué es eso, mamá? Qué tiene dentro?

Clara, mirándolo fijamente, como si quisiese grabarle con los ojos para siempre aquellas palabras que el chiquitín no había de entender, le contestó con ahogada voz:

—Allí dentro, Emilín, están el alma de tu padre y la mía!...

OCTAVIO HERNÁNDEZ.



Ella era bella, adorablemente bella. Yo no la amaba, pero no podía dejar de verla una noche, una sola noche. ¿Por qué? Por sobre todo, lo que más admiraba en ella eran sus ojos, sus grandiosos ojos, negros, rasgados, profundos...

Una noche le dije, al azar, casi inconscientemente:

—En forma de cual de estas cosas aladas—una golondrina, una paloma ó una águila, desearía usted tener el alma?

—En forma de una águila—me contestó.—¿Y para qué?

—Para saber cómo he de cazarla.

Pero yo no deseaba su alma. ¿Por qué? No lo sabía.

Otra noche, mirando sus negras pupilas profundas—le dije:

—Al través de sus pupilas veo yo muchas cosas...

—¿Y qué ve usted?—me respondió.

Yo veo—le dije—los balaústres de oro de las maravillosas puertas del jardín del Paraíso. Las calles del jardín están empedradas de zafiros y rubies. Una floresta de blancos lirios gigantes se balancea á lo lejos. La luz que lo alumbraba todo es color de perla. ¿Será la luna? Sí. No puede ser sino la luz de la luna lo que lo envuelve todo con su red de plata. Se escucha la lírica, sollozante quejumbra de mil citaras invisibles. ¿Qué música tan deliciosa! ¿Qué uñas de marfil tan finas, pellizcarán tan sabiamente las cuerdas vibradoras? Sin duda son los serafines, porque al compás de esa música, miro que van desfilando, cada una con un lirio en la mano, las once mil vírgenes. Pero ya las vírgenes pasaron... Ya no las veo... Ahora vienen los apóstoles con sus enormes barbas blancas...

—Como buen poeta es usted muy galante—me interrumpió riéndose—pero hoy no le agradezco su galantería. No me halaga que usted vea el cielo en el fondo de mis pupilas. ¿Me han recomendado tan mal el cielo! Me han asegurado que es la patria de los pobres de espíritu.

Miré de nuevo sus pupilas. En el fondo de sus profundos ojos negros brillaba una luz diabólica. Algo se estremeció en el fondo de mi corazón, y en aquel momento comprendí que la amaba, que la amaba, que estaba atado á ella para siempre con cadenas formidables...

A. FERNANDEZ GARCIA.



CLARO DE LUNA

Ella á la reja asomada,
Y él en la calle, do un rayo de luna
Parece que viene del cielo á mirarlos,
Rasgando las brumas.

Y el aura,
El aura errabunda,
Se lleva suspiros, se lleva secretos,
De dos corazones calladas ternuras.....

Sus labios se acercan,
Sus manos se juntan,
Y entonces
El rayo de luna
Tras nubes sombrías
Discreto se oculta.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



MEDIA - NOCHE

Anoche, á media noche, supersticioso y grave,
y á la única luz de mi ilusión secreta,
me abrí el fondo del alma y aspiré como un suave
perfume: era un perfume de mujer y violeta.

Allí oculto tu imagen con la fecha del día
en que te hallé en mi senda, cual una flor de loto,
á la margen del lago de esa melancolía
que me inunda la vida desde un tiempo remoto.

Me abrí el fondo del alma; y sintiendo y pensando
que ya es tarde, muy tarde, para que me consueles,
yo evoqué tu contorno y lo estuve besando
con unos besos tristes entre dulces y crueles.

Permanecí extasiado, toda una larga hora,
en los viejos recuerdos y en la esperanza ida,
cuando piadosamente me confortó la aurora;
y al entonar de nuevo la canción de la vida,

Oculté mis tesoros en el fondo del alma;
y así como el incienso que se va y se consume,
de tus líricas formas, en medio de la calma,
sólo quedó en mi estancia la ilusión del perfume.

MAXIMILIANO GUEVARA.

EL GRITO DE UNA VIRGEN

El sol entraba en la alcoba como un dios victorioso. En los espejos, en el agua de la jofaina, en el cristal de los frascos que guardaban como un misterio el sugestivo encanto de las esencias, en las roseas porcelanas del tocador, en el oro y el azul del cielo raso, en la plata del candelabro que surgía en la mesa de mármol como una evocación de la noche, en el amarillo crema de las colgaduras, en la blancura de marfil y en la blancura de batista del lecho, en los rincones, en las rendijas, en el polvo flotante, en las moscas inquietas, el sol cantaba, reía, vivía, orgulloso de reinar en aquel templo y de llevar á él, privilegiado portador de prodigios, la suprema alegría de la mañana, la infinita sensación del universo recogida en flores de luz y conducida allí como una ofrenda, como un homenaje, como un himno divino.

Y en el esplendor del cuarto, sobre el lecho, ante el espejo, en el diván, ó inclinada hasta hundir en la caricia fresca y pura del agua perfumada su rostro de alabastro, más bella que la mañana, más hermosa que la primavera, la virgen de aquel templo parecía una deidad á cuyos pies iba el sol victorioso á elevar su himno divino, á postrar como un rey tributario su gloria de Astro-Rey.

**

El pequeño templo pagano, amado del

sol y del cielo, aquel día estaba lleno de vírgenes. No eran menos de seis, blonda una, dos inmensos zafiros en los ojos, solo digna de Apolo; blanca otra, linda y fragante como una azucena, con una cabellera en que había reflejos de las estrellas y manchas de las primeras sombras de la noche; trigueñas las demás, flores todas de belleza, turbadoras como el vino, deslumbradoras como el fuego, impetuosas y puras en la concentración de su voluptuosidad, en el sueño tranquilo y terrible de su fuerza espantosa.

Se las veía anhelantes, locuaces, nerviosas, á cada momento estallando en curiosidad y admiración; y se comprendía al punto que, así ausente, el hombre se mezclaba en el suceso, conmoviendo con la emoción de su sexo y su misterio los castos, los inefables senos virginales.

El hombre había también penetrado como el sol en el pequeño templo pagano; pero no como el sol por las ventanas y las puertas, sino por el corazón de la diosa que la luz del gran astro besaba todas las mañanas á través de la esmeralda de un vidrio oval, mucho antes de desbordarse en la alcoba cantando su himno divino al imperio de la belleza, del amor y la fecundidad.

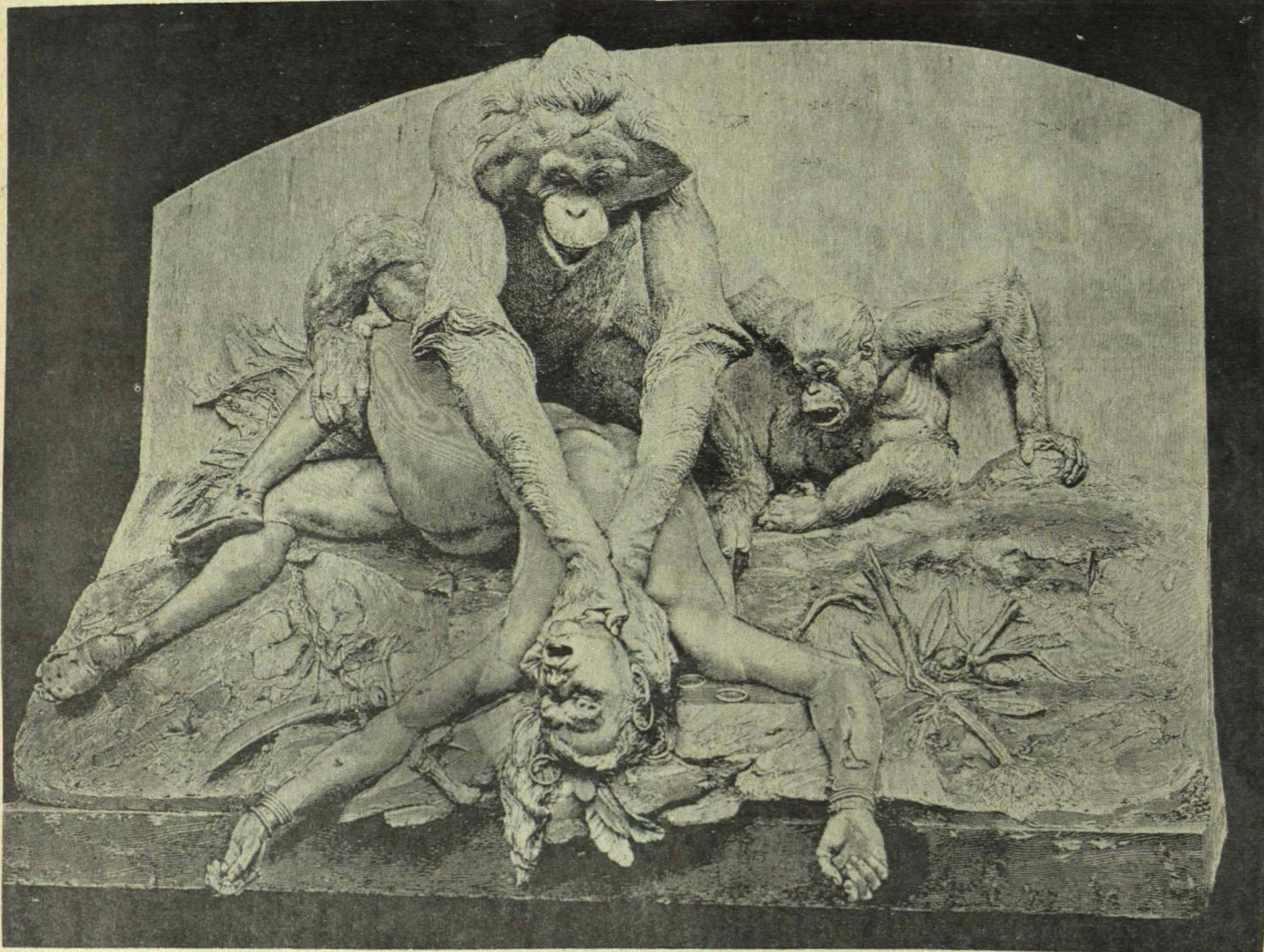
La virgen abandonaba su soledad, cambiaba el beso tibio, lírico del alma sol, por el beso frenético, interminable de los labios de llama; y sobre el albo lecho cuya elocuen-

cia varia y compleja se apoderaba del alma y la situaba ora en el éxtasis, ahora en el deleite, más luégo en la gravedad solemne y triste, en el dolor, en el horror, las alhajas del ajuar de novia hacían fulgar ante el bullicioso grupo de vírgenes el gran enigma, la prestigiosa perspectiva que un día se abriría á su corazón y á sus ojos entregándolas á la verdad irrevocable de la vida.

En la cabecera, sobre las almohadas bordadas, junto al gran copete de áureos relieves, el traje de novia, fastuoso y reluciente como una gran joya real, ostentaba sus azahares, sus encajes, sus riquezas, y cantaba la ventura sin término, sin parangón y sin expresión de las noches de bodas.

Los ojos de cielo, los ojos de mar, los ojos tenebrosos hundíanse en la contemplación de las prendas, en la contemplación de la gran joya epitalámica que culminaba entre todas como una perla máxima; mientras la diosa adorada del sol, cercana á sacrificar en el ara eterna del amor, continuaba sacando de las cajas recién abiertas nuevas prendas flamantes que también colocabá, acumulaba en el lecho triunfal.

Y luégo fueron los trajes de la luna de miel, discretos en el capricho de la moda, cambiantes en el gusto del corte, exquisitos en el arte de los adornos; con colores, con tonos, con matices, que sugerían nuevas sensaciones estéticas y complicaban é inten-



Escultura de E. Frémiot

sificaban la emoción del hechizo, la fascinación de la estatua.

*
**

Ya parecía agotada la encantadora tarea, fatigadas la admiración y la curiosidad de las vírgenes compañeras de la noble virgencita cuyas nupcias preparábase á cantar el sol, los poetas y los pájaros; ya el día agonizaba entre rocas de nácar, en la pompa de un crepúsculo sereno y armonioso, cuando de súbito, la diosa adorada del sol y del cielo, extrajo del fondo de la última caja la última prenda, una preciosa prenda púrpura, y al desplegarla nerviosamente ante los ojos asombrados de sus magas compañeras que clavaron como flechas sus miradas en la púrpura ardiente, en la seda gloriosa, lanzó un grito tan hondo, tan extraño, que parecía arrancar de lo más recóndito de su sér, de lo más doloroso é ignorado de su alma.

Y la pieza de púrpura, la fina, y frágil joya de seda, caída de sus manos como un ascua en la violenta conmoción del misterio, quedó vibrando en los aires y en las almas con el grito agudísimo que parecía proclamarla cual un símbolo en que reverberara el ideal del amor y hablara su inaprendido lenguaje cuanto hay de íntimo, de inescrutable y torturante en la naturaleza y en la vida.

JACINTO LOPEZ.

CUENTO CRIOLLO

LA EDUCACIÓN EUROPEA

Don Aniceto es un viejo bonachón, vecino de un pueblecito llamado *San Canuto*, donde pasa por millonario.

En efecto: posee una hermosa vega, plantada de café, cacao, caña de azúcar, plátanos, frutas y yerba del Pará.

Ha fabricado cinco casas de *bahareque*, sin contar la que habita, que ostenta dos balcones, y es la maravilla arquitectónica del pueblo.

Tiene veinte vacas *atravesadas*, que entran al pueblo, majestuosamente, al caer la tarde, con las ubres al reventarse.

Monta una yegua manchada que andonea á las mil maravillas y lleva siempre detrás un potro, cuyo relincho es como una carcajada infantil, ó una escala de clarinete, que avisa á los vecinos que pasa el rey del pueblo.

En su casa se vende leche fresca desde muy temprano; y, en todo el día, quesos de mano, café molido, cacao en tablitas, papelones, alfondos, conservas de naranjas, plátanos, cambures y cuanto produce su rica vega.

Doña Patricia, su esposa, hace las ventas, acompañada de una chica color de canela, con ojos de linterna y unos labios de aji chirel que tienen alborotados á los mocetones de la comarca.

Allí no se despericia nada, y así, han logrado los honorables esposos una posición envidiable y verdaderamente holgada.

Tienen por toda familia un hijo, que es el encanto del hogar.

El hijo estudió en Caracas en el justamente renombrado Colegio «Santa María», hasta graduarse de agrimensor.

El padre, que desde que se graduó, lo llama *el doctor*, lo mandó á Europa á seguir la carrera de ingeniero. Pasó en París cuatro años con la lujosa pensión de 400 francos.

En poco tiempo aprendió el francés correctamente, gracias al interés de una institutriz de 16 años que consiguió en Follies Bergères.

Ella se hizo cargo de enseñarlo á patinar, á correr en bicicleta, á bailar, y, sobre todo, de ayudarlo á gastar bien los 400 francos, y algún pico á cuenta del mes siguiente.

Rosina se hacía llamar, y era una rosa, en verdad, aunque marchita desde la aurora.



UN ACCIDENTE. — Por Mme. Robiquet.

Pasaron cuatro años.... Los estudios estaban terminados y era preciso volver á la patria nativa, ya menos amada que la extranjera.

El doctor veía á París como su verdadera patria; y eso pasa á todos los que viven allí algún tiempo, porque París es la metrópoli del Universo.

Hubo que decir adios á Rosina, entre lágrimas y promesas, y tomar el vapor en *Saint Nazaire*.

Quince días de viaje, y ¡en La Guaira!

Desde que se anunció la próxima llegada del primer doctor que había producido San Canuto, todos se prepararon á hacerle un recibimiento digno de la cultura de aquel pueblo.

El telégrafo avisó, por fin, la llegada del vapor y la partida del doctor por el tren que debía llevarlo hasta Valencia, para seguir de allí en coche, y llegar dos días después á San Canuto.

Llegó sin contratiempos el momento anhelado.

El vecindario se alborotó.

Doña Patricia no pensaba desde la víspera más que en la comida y en el arreglo del cuarto para el doctor.

Le puso un catre con un famoso colchón de *barba de palo*, que llaman por acá cerda artificial; una almohada de espigas de caña fresquecitas, que exhalaba el confortante olor de los trapiches; y una colcha de cuadritos de

zaraza de distintos colores, hecha por sus propias manos, en cuatro años de paciencia.

El banquete se calculó de veinte cubiertos para los amigos íntimos, que resultaron mucho más á la hora de comer.

Se mató un lechón de raza conga, para servirlo como jamón; y un pobre pavo y cuatro inocentes gallinas, pagaron con la vida el regreso del doctor.

Se arregló un frasco de *guasacaca* de ajíes con pimienta y mostaza, porque, según decía Doña Patricia:—*esos muchísimos comen candela*.

En los postres hubo grande esmero también: la mamá preparó su plato favorito, que era una *torta bejarana* digna de los banquetes de Petronio, *camburitos titiaros*, pasados cuidadosamente, que valían por todas las ciruelas pasas y peras heladas de la vistosa Europa.

Una primita del doctor, que cifraba no sé qué esperanzas en el regreso de éste, preparó con harina de arroz, miel de abejas y mantequilla criolla un primoroso ponqué, en forma de torre coronada por una banderola verde en la cual escribió estas palabras—«*Dichosos los que son deseados en su hogar*».

La vajilla de la casa no estaba calculada para días extraordinarios; y hubo de suceder allí lo que pasa en

muchas casas, donde una comida de diez cubiertos es un acontecimiento que todo lo desconcierta y pone á contribución el vecindario.

Así, pues, los platos eran de distintos colores y tamaños; y las copas alcanzaron trabajosamente y á razón de una para dos personas.

Se habilitó de servilleta una toalla de rejilla para el Doctor y se dejó para los demás la parte colgante del mantel.

Dos grandes botellas de cristal se llenaron del mejor vino *moscatel* que había en el pueblo.

Se adornó la mesa con tres enormes ramos de alegres clavellinas, cayenas y amapolas; se cubrieron las paredes de





ROMEO Y JULIETA. — Cuadro de V. Palmarelli.

palmas de coco. En fin: un verdadero lujo occidental, para aquel pueblecito ignorado, que no había visto nada semejante desde que estuvo allí el arzobispo Guevara, de grata recordación.

Cohetes, triquitraques, vivas y música, anunciaron la llegada del doctor al río, donde lo esperaba un grupo de caballería presidido por el señor cura, caballero en un famoso macho.

Pasemos en respetuoso silencio las emociones de la entrada en el hogar después de tantos años de ausencia.

El corazón de las madres es un manantial de ternura que tributa amor por los ojos. El llanto es contagioso y no quiero enternecer á mis lectores.

Cuando el doctor entró en su cuarto á prepararse para ir á la mesa y contempló el mobiliario, se acordó de su apartamentico de París; del gabinete de Rosina, tan perfumado siempre y amueblado con el exquisito gusto de una parisiense que cuida de su persona, rodeándola de cuanto puede hacerla amable.

Se sintió en aquel momento como si hubiera caído de un globo; por fortuna los gritos de su padre que llamaba: *¡á comer, á comer!*, lo sacaron de sus tristes recuerdos.

Colocáronlo con el cura en una cabeza de la mesa, frente á frente de sus padres.

Diez señoras y señoritas se colocaron de un lado y diez caballeros en frente, separados así, porque el señor cura no quería que el *ganado bravo* se

juntara con el manso (yo no se cuál era el manso).

Las damas estaban adornadas sencilla pero correctamente; los hombres vestían paltós negros, blancos y de color: pocos de chaleco, y alguno sin corbata.

Cuando el doctor vio aquella gente, desconocida para él, tan fué de las costumbres y modas europeas, creyó estar bajo el influjo de una pesadilla.

La sopa, de exquisito caldo de gallina con *quimbombó* y *tropezones de ocumo*, le hizo volver en sí, y convencerse de su llegada al pueblo nativo.

—Adiós *sopa julienne!* adiós *sopa de crevisses!*,—decía en su interior.

Su estupor fue más grande cuando le sirvieron vino *malvasia* sobre la sopa. Adiós *burdeos*,—volvió á pensar.

El lechón era un primor; el cuero, dorado por el horno, incitaba al más desganado: tenía las patitas hacia arriba, y en cada una lucía un ramillete atado con un lazo de cinta. En el hocico, sonreído, lucía otro ramillete de claveles.

Cuando el doctor se fijó en él, no podía contener la risa: no se acordaba ya de aquellas cosas que no veía desde niño.

Al llegar á los postres, la primita, que se había puesto á su lado, arrancó la banderola que coronaba el ponqué y se la ofreció. El la tomó cortésmente, sin saber qué hacer con ella, pero la prima lo sacó del apuro, prendiéndosela en el ojal.

Terminó la comida y principió la serenata y el baile. Aquello fue un

mar de alegría donde el pobre doctor se sentía naufragar.

Qué es esto?—se preguntaba—y esto es la amada patria?—y es aquí donde debo vivir!

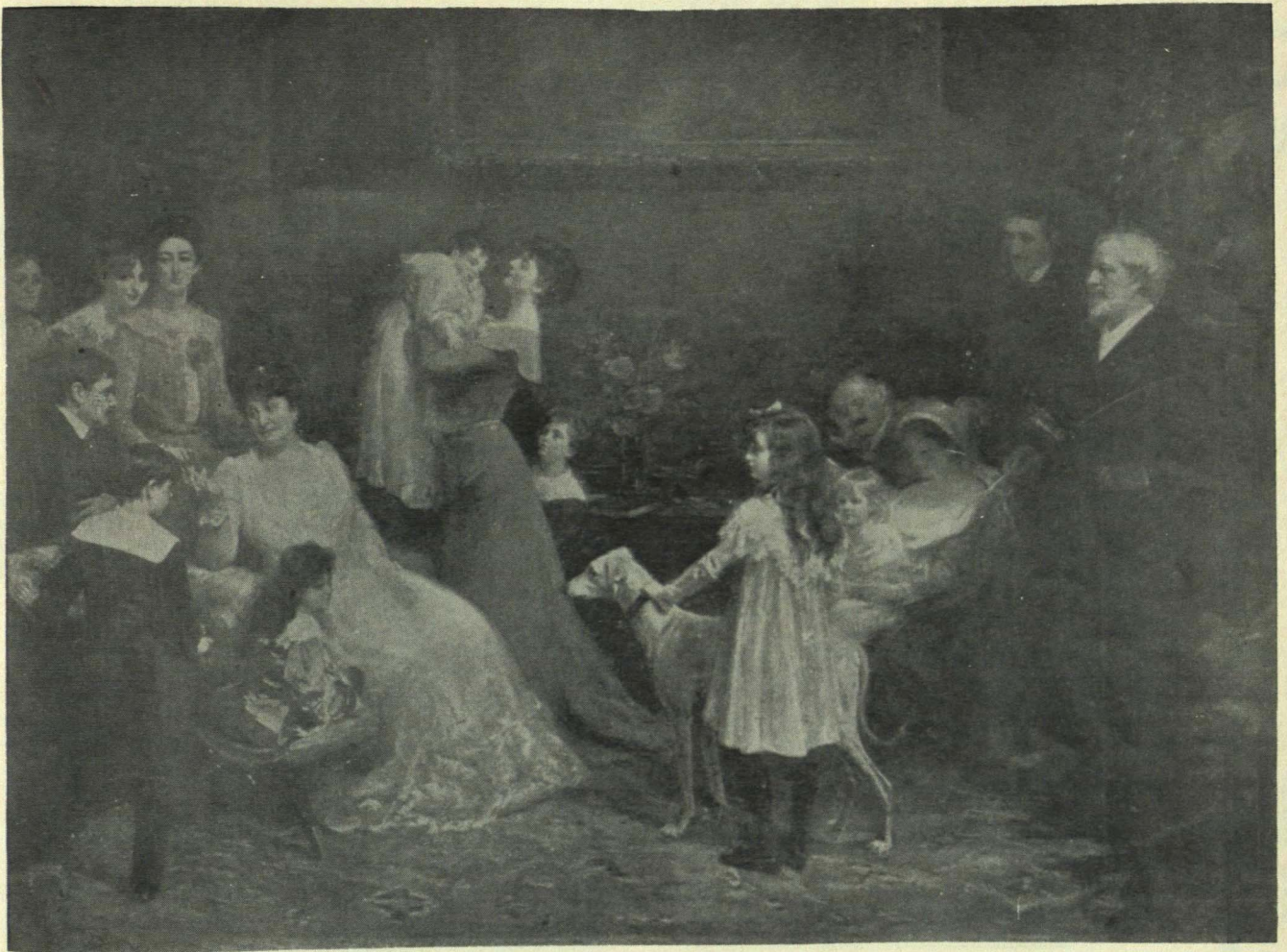
Doña Patricia se empeñó en bailar una polka con su hijo. Era de rigor y él no podía desairarla: á pesar de su gordura, la señora no perdía el compás, pero él perdía la paciencia en medio de las risas, aplausos y gritos del pueblo que invadió la casa. Tuvo á bien reposar un poco.

Don Aniceto, poseído de la más ingenua alegría, se quitó la levita y ofreció el brazo á su esposa para continuar la polka.

Allí fue troya! Los aplausos se multiplicaron. El clarinetista no podía soplar, porque la risa lo ahogaba, y daba unos pitazos desconcertantes; el arpista perdió el compás; el violinista se descarriló; y hubo que suspender la polka.

A eso de media noche sirvieron caratillo de arroz con rosquillas de pan de





EN FAMILIA. — Cuadro de E. A. Carolus Duran

horno tostaditas que despertaban el apetito con su olor delicioso.

—Cómelas hijo,—decía doña Patricia al doctor,—son de maíz cariaco.

El Doctor decía en sus adentros: Estos son los helados y los barquillos de mi pueblo;—y los tomó resignado, para no turbar la felicidad de su madre.

El alcalde, aunque hubiera tomado menos ron del que solía, se pasó de punto y mandó autoritariamente á tocar un *zoropo llanero*.

—¡Zoropo!—decían las niñas.

—¡Zoropo!—decían los jóvenes, asombrados de que en un baile de tono se tocasen aires populares.

Pero don Aniceto, que conocía el temperamento del alcalde, mandó tocar el incomparable *zoropo* del maestro Díaz Peña, y todos lo bailaron, haciéndole rueda al alcalde, quien zapateaba de lo lindo, estremeciendo el pavimento; con lo cual terminó la fiesta más rumbosa que registrarán los anales de San Canuto.

El doctor se retiró á su cuarto y lloró de pesadumbre.

Los zancudos deleitados en chupar sangre francesa, acabaron con él, y amaneció con la cara y las manos casi tuviera sarampión.

—Horror!—exclamaba, viéndose en el espejo.—He caído en el centro del Africa.

Todas las mañanas salía caballero en la yegua, á recorrer el campo con su padre, quien procuraba imponerle de todo para entregarle el manejo de la finca; pero él veía todo con la mayor indiferencia. El sol, el polvo, los mosquitos y demás plagas lo incomodaban mucho.

La tristeza lo consumía; era la nostalgia de la tierra extranjera que lo mataba.

Un día cayó enfermo con fiebre: afortunadamente, la médica del pueblo, que tenía muy buenos aciertos, lo curó con baños de onoto y tópicos de guamacho.

El temor de la fiebre amarilla y la idea de morir sin el socorro de un médico, le dieron pretexto para decir á su padre:

—Padre mío: comprendo que no sirvo para llevar esta vida: tu amor y tu generosidad para conmigo me han causado un mal, muy contrariamente á tus deseos.

He contraído necesidades y costumbres que no se avienen con este medio en que tú vives tan feliz.

Yo tengo una profesión, gracias á tí,

que me dará medios de vivir, y deseo establecerme en Caracas, si tú y mi querida madre me lo permiten.

Don Aniceto suspiró tristemente y le dijo:

—Haz lo que quieras, hijo mío, y cuenta con mi apoyo.

Ocho días después estaba en Caracas el doctor.

Dos meses más tarde escribió á su padre.

—«Papá: Caracas es insoportable también para mí.

Necesito volverme á París».

Al leer esta carta, exclamó don Aniceto:

Bien me decía mi compadre Pancho cuando lo mandé á Francia. «Quiera Dios que no le cause usted un mal á su hijo. Con frecuencia, la educación europea ha dado malos resultados. Yo creo que el hombre debe ser educado lo más cerca posible del lugar en que ha de vivir, para que se acostumbre á vencer ó soportar las dificultades que le esperan y al trato de los hombres con quienes ha de estar en relación».

¡Cuánta razón tenía mi compadre!

F. DE SALES PÉREZ.



1903

De la sidérea luz en el derroche
Es cada sol como brillante gema
Colocada en la fúlgida diadema
Que alegre ostenta del placer la noche.

La música, el festín, el rauda coche
Su influjo prestan á la dicha extrema,
Donde el abrazo, del amor emblema,
Vence del alma el vengador reproche.

La noche es de placer ! Gozo es la vida !
La paz nos une con sus dulces lazos !
Dice la muchedumbre en desvarío ;

Y no lejos, en lucha fratricida,
Hay otros seres que al tender los brazos
Abrazan á la muerte en el vacío.

JUAN E. ARCIA.



EL COLLAR

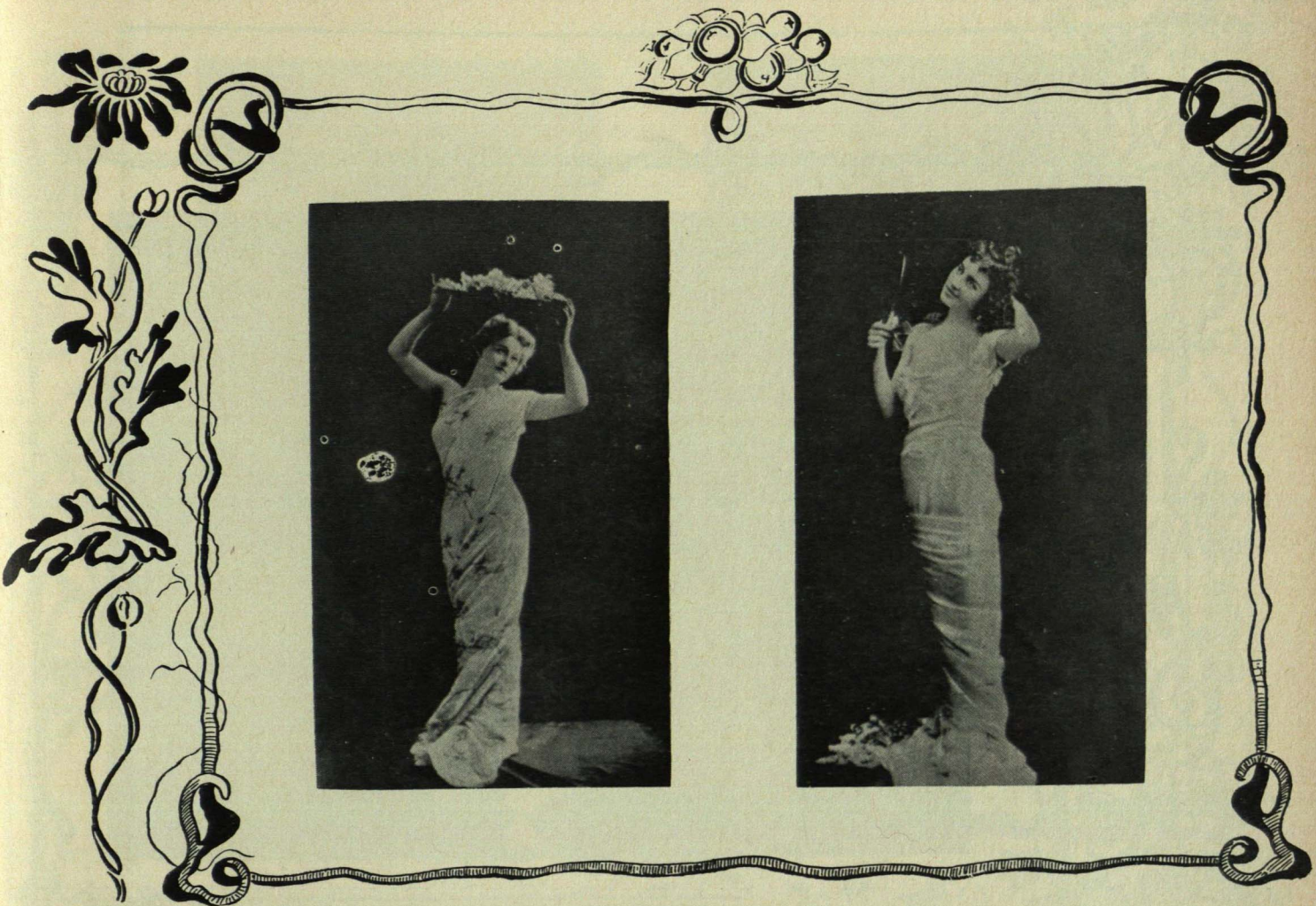
Contemplaba el orfebre con fijeza,
Los rubíes del collar, que parecían
Rojas constelaciones que esparcían
La flamescente luz de la riqueza.

Viéndolos, meditaba en la tristeza
De los pobres que de hambre se morían ;
Y en las que á trueque de un collar, darían
Su honor, su juventud y su belleza.

Acercóse á la fragua crepitante,
Y al avivar el fuego, su semblante
Se tiñó de arreboles carmesíes.

Sus dedos el collar despedazaron,
Y al caer en la lumbre, se trocaron
En lágrimas de sangre los rubíes.

JUAN DUZAN.



QUIÉN FUERA.....

Quién fuera nube! Así desde los cielos
Me obstinara en seguirte todo el día,
Y los que tu sombrilla crudos celos
Se empeña en darme, al fin evitaría.

¡Y quién la imagen fuera, á cuyas aras
Vas á dar flores y á pedir clemencia,
Para de toda culpa que acusaras
Librarte con sonrisa de indulgencia!

Ah! quién pudiera de este valle ameno
Ser la fragante flor que más te agrada,
Para, aun marchita, perfumar tu seno
O llover de tus sienes deshojada!

O ¡quién fuera el espejo que se inclina,
Buscando luz propicia á tu faz bella,
Para darle expresión tan peregrina
Que, como yo, te enamorarás de ella!

¡Quién fuera un colibrí, para á sus galas
Atraer tus miradas vagarosas,
Trémulo abanicarte con las alas
Y libar de tus labios las dos rosas!

¡La sombra del silencio auxiliadora
Quién fuera, en torno de tu lecho blando!
¡Y quien furtivo rayo de la aurora,
Para mirarte, al despertar, orando!

¡Quién fuera los dichosos pensamientos
Para mi albergue hacer de tu alma tierna!
¡Quién de tu dulce vida los momentos
Para tu juventud hacer eterna!

P. ARISMENDI B.

GALANTERIAS

Para elogiar la delicada
faz, y los ojos de carbón,
que con su pérfida mirada
ponen en cruz al corazón;

E interpretar en la cadencia
de un verso, -flor de juventud,-
el paso lleno de indolencia
y de romántica inquietud.

Para encantar en la confusa
frase, á la vez flor y puñal,
de la cabellera profusa
el tocado tan original;

Y perpetuar en la más fina
flor de mi lirico verjel,
la aristocracia femenina
de las manos de suave piel;

O comparar el dulce brillo
de la estrella más ideal,

ya con las gemas del anillo,
ya con las gemas del collar.

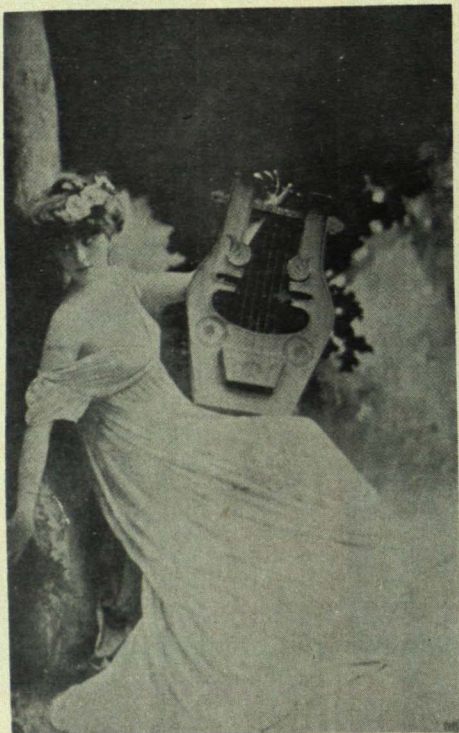
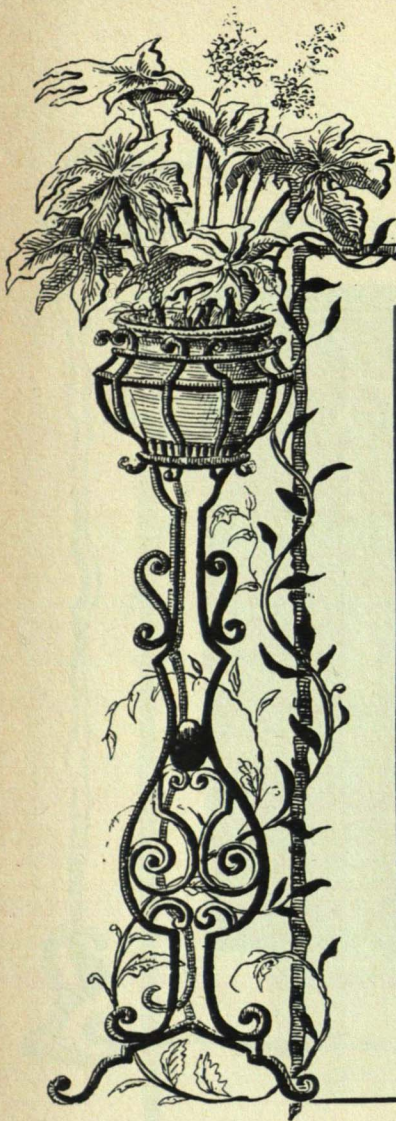
Para poder en las galantes
rimas, decir la tentación,
del negro raso de los guantes
y el negro raso del jubón.

Para elogiar, en fin, el ostro
de los labios, y la cruel
sonrisa irónica del rostro,
sonrisa llena de desdén.

No sirve el verso sollozante
-lotus enfermo de pesar,-
sino el sonoro verso amante
que perfuma como azahar.

Y la doliente Musa mía
Duquesa con el alma de Sor,-
ama la gris Melancolía
que es enemiga del Amor

ALEJANDRO CARIAS.



NOTAS DE VIAJES

FRAGMENTO....

Un acontecimiento tan grande, tan doloroso para mí como inesperado, determinó mi regreso á América, no sólo con carácter imprescindible, sino pronta y perentoriamente.

La Muerte,—que vive sin corazón y sin entrañas—había cerrado con sus dedos de hielo los ojos de uno de los seres más caros á mi alma; y si aquellos sus momentos de agonía han sido después todos estos años de mi vida, díganlo, si no, mis lágrimas que me he bebido sin cesar, condensándose en ellas los recuerdos de un pasado feliz, y entrando en ellas también mis esperanzas del porvenir; esperanzas de honores, deseos de fama, ensueños de gloria, ¡qué sé yo! hasta las más fantásticas é irrealizables aspiraciones.— ¡Todo murió!....

De fuerza mayor era embarcarme, y presentábase la más breve oportunidad por uno de los vapores de la «Nord-deutscher Lloyd S. S. Co», que corren sus viajes entre Bremen y Nueva York.—Estábamos á 30 de noviembre de 18. . ¡fecha infausta!, y sufríamos ya los más crudos rigores de un in-

vierno que se iniciaba extraordinario. Habíase prefijado la 1 p. m. para el embarco de pasajeros,—en la ocasión, numerosísimos,—y debía zarpar el vapor á las 4 horas de la misma tarde. Cubríanos cielo plomizo. Serpeaba el relámpago á menudo, y cruzaban el espacio nubes veloces, arrebatadas por rauda viento huracanado. Todo aseguraba inmediata tempestad; pero «no serás tú mayor, me decía yo, que ésta que llevo aquí, en las tribulaciones de mi espíritu»....

Desde temprano tomé posesión de mi alojamiento en la hermosa, en la hermosísima nave alemana *Grosser Kurfürst*, en viaje, como digo, para América; y exactamente en el momento señalado, hizose á rumbo el buque entrando de lleno en el Océano, de donde soplaban repetidas y coléricas ráfagas de viento que embravecían más cada vez aquellas aguas tan altas y procelosas. A poco de haber salido, el inmenso hacinamiento de gente que embargaba los puentes y pasadizos había desaparecido: mareados los unos, tímidos y confusos los otros. A la *hora del té*, hallábame solo, literalmente solo en la sala principal; y desde luego hice formal resolución de cambiar el estrecho dormitorio de un camarote, por el bello y espacioso salón de la

primera, donde corrieron las 36 tormentosas y largas horas de uno de los más rabiosos temporales que bajo diversas latitudes haya sufrido.

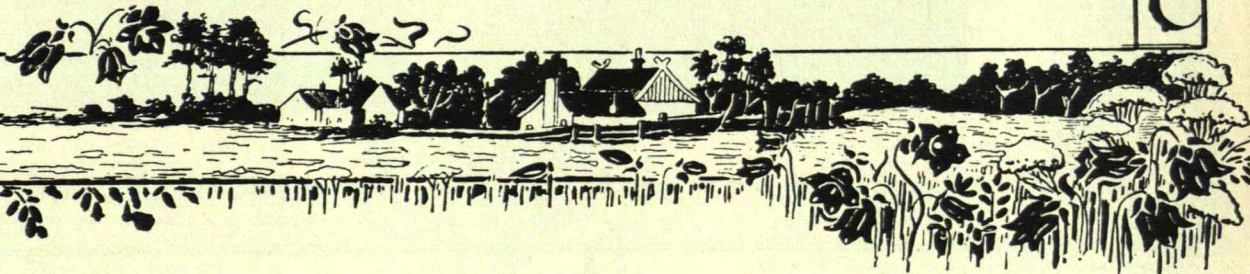
Calmado el tiempo, entraron á una en el salón, aunque por puertas distintas, una señora,—amiga mía de antiguo,—y un hombre de agradable aspecto, serio, alto, pálido, de poblada y negra barba. Era éste asiático; armenio de nacimiento, de nombre, Sergio Soultan, de religión griega, de raza de sacerdotes, y monje, él mismo, de no sé qué convento de uno de los lugares de su país.

—«Vous êtes trop seul, Monsieur, exclamó al verme Mme. de Villeneuve; à quoi pensez-vous?

—Je pense, Madame, à celui des miens qui fait le voyage devant moi. C'est un souvenir continuel qui me brise le cœur. Et je ne sais bien pour quoi nous pleurons nos morts, puisque, à ce que je crois, la mort n'est qu'une absence légitime et même convenable. S'il n'existait point la mort, la vie serait un absurde».

Fijábase en tanto en mí el armenio con mirada inquisitiva; y en la misma lengua en que me había hablado la señora, díjome con el fuerte acento oriental.

—Si las relaciones de amistad que un



viaje proporciona, bastan para hacer caso omiso de una presentación, personalmente tengo el honor de ofrecerme como vuestro servidor y amigo. Amigo, desde luego que me permito contradeciros, porque no juzgo yo la muerte como una ausencia, sino como la expiación que principia en esta vida.

—Acepto con agrado el ofrecimiento que me hacéis, y en igualdad de circunstancias estoy á vuestras órdenes. Mas, como distingo en vos algo de convento ó claustro, deseo saber qué sentido dáis á la palabra expiación. Expiación, ¿de qué?

—De la primera caída, señor; de nuestros pecados, del primitivo delito.

—Pero si existe, vanas son entonces las palabras del Apóstol, cuando afirma: «Por la justicia de Cristo vino la gracia á todos para justificación de vida»; y vana sería también la victoria del que, por la resurrección, y la transfiguración en el Tabor, es el «Primogénito de la muerte». La vida ante Dios es inocente, porque es destello de la suya. La usufructuamos como un dón; y cuando á su debido término expira, es porque ha llenado el hom-

bre la distancia que lo separaba entre el alto misterio de su origen, y la dignidad de su destino ultra-terrestre.

—Y las enfermedades, la miseria, las persecuciones, el destierro, las injusticias, etc., que sufrimos, ¿no serán, acaso, como un anuncio de lo que nos ha de esperar fuera de esta vida de un día?

—Pensad que si la vida es un dón, debemos merecerlo; y ese merecimiento se alcanza, no en una ataraxia censurable, sino en el ejercicio y amplitud de nuestros medios activos, de nuestras facultades sensitivas, intelectuales y morales. Recordad, á pesar de vuestro ministerio, las Panelenias jovinas, á las que asistía la Grecia entera, y en las que era forzoso á cada uno mostrar ó el ensayo más mediocre, ó el mérito más fulgurante. Recordad, á pesar de vuestro ministerio, la antigua fiesta corintia, en que sólo se coronaba de flores, al que triunfador había salido en las luchas del pancracio. Así la vida. Es el Circo por la Providencia señalado donde hemos de luchar para merecerla; ó mejor, donde ha de lucir nuestra inteligencia su poder, y nuestro corazón su fortaleza. A no ser que por ciertos puntos afines

que tienen la Religión y el Arte,—el cual existe en la vida general,—toméis el vocablo en otro concepto.

—Mezcláis Religión y Arte, y no me explico la afinidad que tengan entre sí, ni lo que de común haya en la una, que radica en la Fé hija del espíritu que va hasta Dios, Suprema Belleza, y el Arte, que sólo toma lo Bello de la Naturaleza, y lo copia y lo traslada. Por muy generalizadores que seamos, hemos de convenir que la única fuente, la única, que tiene el Arte para inspirarse, está en la Naturaleza. Fácil es ver que las concepciones más ideales, para ser bellas, han de someterse á leyes prescritas por la observación y la experiencia, que, como sabemos, tienen sus talleres en todo lo que vemos y palpamos. Por esto, no es amplia la facultad, ni menos, absoluta, de crear bellezas; porque al faltar á prescripciones ó términos por la Naturaleza impuestos, caemos en los círculos de la locura ó la extravagancia. Todo componente de una producción artística, debe estar cimentado en la realidad; y tanto juzgo esto cierto, que el concepto menos real, más abstracto carecería de belleza, si no lograra encantar el espí-



ritu con el aparente y falso brillo de lo verdadero, que repito, está en la Naturaleza y sólo en ella.

—Cierto es que nada de común tienen la Religión y la Ciencia, porque la Ciencia es Filosofía, y la Religión no es Ciencia, es sólo una creencia; pero si lo hay entre Religión y Arte, porque aquella como éste, tiene culto, adoradores, simbolismos y misterios. Mas, os expresáis bien, porque veo que en el Arte sois de la Escuela realista. Por la mía, pertenezco á la contraria. Así pues, quedaré muy halagado si por el momento logro haceros fijar, que no nos ofrece la realidad cuadros de belleza perfecta que imitar, sino á lo más, rudimentarios esbozos, simples bosquejos que ha de perfeccionar el artista, según el tipo de belleza absoluta que su espíritu concibe. De otra suerte, apenas sería el Arte un procedimiento mecánico de copias y traslados, ó una imitación servil que destruiría en el talento artístico su más alta prerrogativa: la facultad creadora de bellezas.

Pero os concedo que la vida universal ofrezca en todos sus incontables aspectos, todas las armonías que pue-

dan caber con su belleza nativa en las formas del Arte; ¿por qué excluir las creaciones ideales, que abren al espíritu algo así, como cielos de magnífica é inmortal belleza? A mi vez os digo: fácil es ver que tiene el Arte medios peculiares de expresión: colores, sonidos, palabra, movimiento, etc.; por lo que se prueba: que la pretendida imitación es imposible, irrealizable; precisamente porque ningún arte solo, cuenta con los elementos integros, y todos, para darnos la reproducción de seres concretos. Si así llegara á ser, fuera preciso, que,—en la estatuaria, por ejemplo,—para embellecer la Venus de Milo, el pintor la colorease; ó que una música cualquiera, que imite el toque de las cornetas, de las campanas, el retumbo del trueno ó el rugido del mar, sería música más bella que una Sinfonía de Beethoven ó el Impromptu de Chopin.

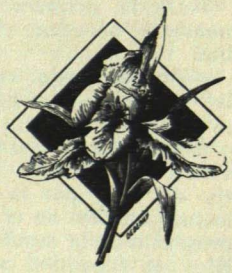
—No digo imitación servil, justamente, sino copia inteligente de estética natural.

—Permitidme. El Arte, me parece, es de procedimiento electivo, tanto más perfecto, cuanto más se inspira en modelos ó tipos ideales de suma be-

lleza, y nunca en los cuadros concretos de la realidad. Además, así como por la Ciencia, que es de análisis deductivo, el Genio entravé á Dios, Belleza Suprema como muy bien decís, el Arte,—que es sintético,—por inducción va hacia El, y como El, es Uno, y emanación de El mismo. No olvidéis que....

En este momento entró en el salón el Comandante del vapor á entregar á la señora de Villeneuve, una preciosa cajita que para ella había recibido de uno de los armadores del barco, en el postrer instante de la salida.

Quedó nuestro diálogo interrumpido, acaso para siempre. Si se encuentra entre las hojas de mi cartera de viajes, sólo me lo explico como una excepción en las condiciones de mi carácter, hecha en obsequio al sér que la motivó.



FELIPE LARRAZABAL, HIJO.

LO QUE HIZO UNA VEZ EL DIABLO

Ahí va *Lame-lanza*. Va en buena mula; de horcajadura al sesgo, descansado sobre un sólo muslo con soberbia indolencia; á paso lento; al igual de su ejército de infantes: una docena de campesinos que por ir juntos y armados, mal ó bien, forman tropa, de la cual *Lame-lanza* es el General.

El General *Lame-lanza* lleva un aspecto soezmente épico.

Torva, tonante la mirada, que ilumina siniestra un rostro atezado, vulgar, del cual mana y corre sobre la cerda de la barba, un sudor espeso, quizás fétido. Un brazo en jarra sobre la cadera más alzada. El sombrero de palma, gacho hacia adelante, echado á un lado sobre la frente, con grandes borlas de estambre color vivísimo. Sable con historiada vaina de cuero, en bandolera de tinte no menos violento. Gran revólver y cartuchos al cinto. La cabalgadura muy enfrenada y de hocabo metido en el pecho. Buena cobija atada á la grupa, nueva, recién cogida en la última pulpería. Camisa de lana y pantalón de medio casimir, aunque no limpios, y alpargatas completas. Todo esto proclama en campos y caminos al justo tipo de un Jefe al día; sin que fuese necesario que más brutalmente lo dijeran los tremendos espaldarazos con que *Lame-lanza* arrea «su gente» cada vez que notaba desfallecimiento en la marcha.

¿Quién era antes *Lame-lanza*? Nadie lo sabía. Su mismo nombre de bautismo se ignoraba generalmente. Su historia, una historia de prestigiosas fechorías, era de ayer no más, de la última guerra para acá: sin padres, porque no los conoció, vino al mundo en la noche del acaso y en sus sombras vivió hasta que el tropel revolucionario le sacó á la luz, gracias á unos cuantos asesinatos, despojos, y otros crímenes resonantes y á su carácter pendenciero y brutal.

Calidades y títulos fueron éstos que elevaron por tanto á *Lame-lanza* á la categoría de primera autoridad del poblado donde ahora vivía, y en el cual mandaba, reinaba y disponía á todo el antojo de su perversidad é ignorancia, muy agasajado siempre por sus superiores de la capital por la eficacia con que «reunía gente» al primer asomo de popular descontento.

Ya se supondrá, por lo que cada cual sabe de su pueblo, que los gobernados de *Lame-lanza* vivían como sobre ascuas y que más de un conuco y de un rancho quedaron presto abandonados por sus dueños fugitivos. Hoy era que *Lame-lanza* decretaba tales pecherías y contribuciones, que en un santiamén, pulperías y labranzas convertidas en sonoras pesetas, pasaban derecho á sus bolsillos y de éstos al juego carteado y á la borrachera. Mañana era—ó era todos los días—que á un vecino lo sujetaban al cepo y ahí lo desflecaban á palos; ó que á otro lo colgaban de un pie en el árbol de la plazoleta y lo zarandeaban á varazos hasta no dejarle coyuntura en su lugar; ó que á éste le bajaba *Lame-lanza* una oreja de un diestro machetazo, ó que á aquél le abría de una vez



la cabeza en canal, de un sólo tajo.

Así la justicia y el gobierno, no había quien se atreviese á chistar, aunque las almas se abrasasen de indignación; y nunca se vió rebaño de ovejas tan dócil y sumiso como el rebaño de gente hombruna que *Lame-lanza* maltraía y esquilaba.

—No hay como que á uno le tengan miedo para ser jefe, roncaba él.

Y acertaba. Apenas tosía fuerte, no había en el vecindario sino temblor de quijadas y cervices para abajo.

A la misma Tomasa, la hembra que le cocía el puchero y le aplanchaba las camisas, cuando pensando que de veras poseía su cariño, le observaba: «Tente quieto, negrito, que bueno es culantro, pero no tanto,» le replicaba con tales cintarazos que las entrañas le saltaban á la boca y se quedaba sin pizca de propio albedrío durante un mes entero.

Así era en tiempo de paz; porque en la guerra *Lame-lanza* maravillaba de otro modo.

Oh! la guerra. La guerra era su

ideal, su ansiedad de todos los días y su sueño de todas las noches. Ciertamente no comprendía cómo se podía vivir sin guerra; cómo abundando jefes por donde quiera, tuviesen alguna vez que estarse perdiendo el tiempo metidos de flojos en el pueblo; con tanto qué hacer en el oficio, tanto campo para la correría y el merodeo y tanto maricón que reclutar con provecho para todos. Y siguiendo sus naturales filosofías pensaba él: «mientras haya gente á quien ponerle el chopo, siempre debe haber guerra, por aquello de quitate tú para yo ponerme, que se saben muy bien los jefes gordos. Y con esto entra á revolvérse la chamuchina y á entrarnos á nosotros el avío; porque á cintarazo y cabestro pronto hay tropa, y en habiéndola, el mundo es de los guapos y lo ajeno también; y luego salga el sol por donde quiera y resulte lo que resultare, que para cuatro muertos hay un vivo y fortuna la da Dios con diligencia.»

Y como acontecía tal y cual pensaba y deseaba *Lame-lanza*, hélo ahí de camino, épico, arrea que arrea «su gente,» con el cerebro repleto de desafueros, acechando las aventuras del oficio.

Detrás, muy lejos, habían dejado su pueblo, aunque muy cerca, sobre el corazón, lo llevaban los reclutas; porque allá quedaban desolados el rancho y el conuco que tanto sudor costaron, y en el desamparo, muy tristes, los seres más queridos, los más débiles, es decir, todo el cariño de la vida; porque ¿quién de ellos volvería allá, ni qué restos encontrarían de aquellos tesoros del alma, ni cuál suerte sino una, la más tenebrosa, de llanto, hambre y deshonor, quedaría á los suyos cuando sus huesos blanquearan solitarios en el campo?

Iba también en la tropa una mujer. Fuerte, fornida; allamente suspendidas las faldas á la cintura; los musculosos brazos al aire; erguida la cabeza bajo el pajizo sombrero atado en contorno sobre la barba; caminando gallarda y resuelta, el pecho atrevido y la mirada franca y firme. Arrea á su vez un borrico enjalmado, portador evidentemente de algún bastimento, trastos de cocinar y otros menesteres menudos.

A ella se volvía de cuando en cuando *Lame-lanza*, para decirle con cierto imponente reposo:

—A ver, Paca, echa acá un trago!

A lo cual correspondía sacando de la enjalma una botella y pasándola al Jefe, quien á boca de gollete se la sorbía lentamente hasta más de la mitad, en tanto que Paca le miraba y remiraba de arriba abajo con su mirada franca y firme.

La presencia de mujeres en una tropa se explica siempre. Son corazones devotos al cariño del mísero soldado, abnegaciones íntimas á las penalidades ajenas: la escolta de la piedad heroica que brota fácil del alma femenil en torno á las víctimas humildes de la maldad. En Paca ardía además el amor de madre: allí iba el único de sus hijos, un zagalejo, casi un pequeño recién desprendido de su regazo; y él era su vida entera, la única luz de su existencia; y le seguiría y le cuidaría hasta en los confines de la tierra.

Recia de cuerpo cuanto enérgica y noble de carácter, Paca era también viva y sutil de inteligencia. Aquel cuadro de reclutas, con su vida puesta al azar y sus familias al borde de un antro de desdichas, le atormentaba el ánimo, pero no le conturbaba la mente. Claramente veía cómo unos hombres, hechos y derechos, se entregaban sumisos, como bestias domesticadas, al foete de otro hombre, uno solo, nada más que porque se llamase jefe, nada más que por eso, y que abandonaban casa, afectos y sosiego y le daban hasta su misma sangre para que á todo su antojo satisficiera sus pasiones salvajemente guerreras, y todo sin que á ninguno de ellos le importase un comino el resultado de la aventura!

—Quí! se decía, alzando mucho más la frente, es que ni son hombres ni son nada. Es que no tienen ni alma, ni vergüenza. Ahí me las dieran todas, á ver si no se acababan las reclutas, ni había más nadie que hiciera guerra....

Andando, andando, proseguía Paca con estas meditaciones, no interrumpidas sino para pasar á *Lame-lanza* la botella, lo que ahora hacía con alguna más frecuencia de lo que él quisiera, con quererlo mucho él; hasta que, presentes las primeras gasas de la noche, hubo llegado la hora de acampar.

Para el caso cualquier sitio era bueno, con tal que estuviese bien al abrigo de sorpresas, y *Lame-lanza* lo escogió á los bordes de unos cercanos barrancales, que eran profundísimos, lóbregos, infranqueables y traidoramente tapados por intrincada maleza.

A luego no faltó ya sino disponer la vigilancia, preparar y comer algo y abandonarse al descanso.

Hecho así todo esto, á poco no se oyó más que el pesado respirar de la fatigada cuadrilla, tendida y mal abrigada sobre el húmedo suelo, única misericordia suya.

Tan sólo *Lame-lanza*, á digna distancia de «la gente,» roncaba echado y envuelto en su buena cobija nueva, no más que con la cabeza afuera; borracho, trasudando aguardiente, resoplando vaho pestífero por las fauces, abiertas como chimenea de villanías; irónicamente alumbrado por un cielo límpido, sereno, que enviaba en aquel momento á la tierra sus brillantes rutilaciones.

En cuclillas, junto á la llama de un fogón que ya parpadeaba débilmente, Paca velaba. Veló largo espacio. Después, yéndose á uno de los que dormían, le movió cariñosamente hasta despertarle, y dijole:

—Hijito, daca el machete si está amolado, que voy á cortarle unas yerbitas al borrico.

—Tómalo, madre; está que corta un pelo en el aire, repuso el otro complaciéndola prestamente.

Y Paca entonces, con el arma en su poder, enhiesta, resuelta, puso sus leales ojos un instante en el alto, luminoso firmamento, cual llamando á sí el espíritu redentor de la bíblica Judit, y acudiendo derecho á *Lame-lanza*, estribadas en tierra ambas rodillas, con un certero y formidable mandoble, á cercén le tajó la cabeza, la cual rodó á saltos como una pelota, mientras lo demás del General corcobeaba dentro de la cobija en los espasmos de la muerte.

—Lo que no hace el hombre, lo hace el Diablo, decía ahora Paca en alta voz, al mismo tiempo que recogía y suspendía triunfalmente, cogida por las greñas, la cercenada cabeza de su Holofernes; y como la escena no hubiese sido tan callada y no vista que al punto no ocurriesen, asombrados, los de la tropa, les gritó, altiva y enérgica, mostrándoles á la cara el sangriento despojo:

—Esto es para que aprendan á ser hombres, so *sinvergüenzas!*

Y lanzó con aire de desdén la cabeza de *Lame-lanza* al negro fondo del barranco.

Luego también á la misma fosa fue botado el inerte cuerpo dentro de la cobija.

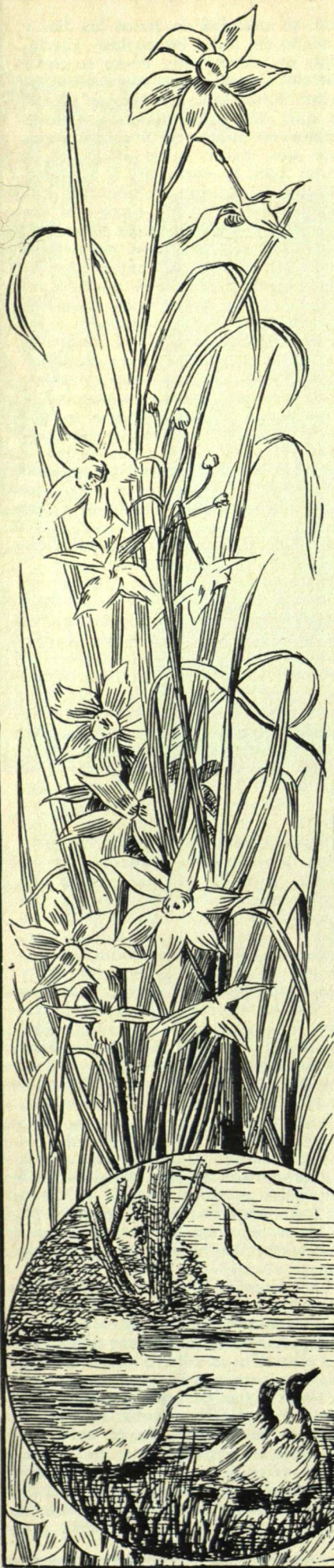
Cuando, con el alma aliviada, regresaron todos al poblado, Paca y Tomasa se abrazaron, lloraron juntas, lloraron de gozo; confundiendo en sus lágrimas las alegrías de la redención y las alegrías de la virtud fuerte, redentora del vecindario.

Esta verídica historia tiene en el lugar todo el encanto de una ingeniosa conseja popular, vestida con los mil fantásticos adornos de cosas sobrenaturales, duendes, fantasmagorías y demás que cuadra á la animación de los relatos del género, y por la cual conseja resulta, en suma, que si nunca más se ha sabido del General *Lame-lanza*, es porque en cuerpo y alma se lo llevó el Diablo una noche que dormía en el campamento una tremenda borrachera. Y es lo más singular que, desde que aconteció este caso, no ha habido jefe que fuera por allí en són de «reunir gente» á quien de fijo no se lo haya llevado también el Diablo en cuanto no más se internara un tantito en el monte con la recluta.

Hasta que por fin ninguno más se ha atrevido á ir; de donde, se vive en aquel pueblo, como en regalo de paz y de contento.

«Porque yo enseñé á los hombres á tener alma y á tener vergüenza»— repite Paca con frecuencia.

ANDRÉS J. VIGAS.



PAISAJES

El paisaje interior, mezquino y sombrío, que había brotado ante los ojos del espíritu cuando mentalmente se entregó á comparar la Ciudad de entonces con aquella otra, lejana y luminosa, que se alzara en el mismo sitio y que de continuo evocaba en sus momentos de alegría, no era distinto, en manera alguna, de aquel que gustaba contemplar por los tardes, á la caída del crepúsculo.

Desde lejos, por obra de los libros y, sobre todo, de las tradiciones que oyera de boca de sus padres cuando el mal de la patria se cernía sobre ellos, había él aprendido á reverenciarla y á figurársela con toda la animación y poderío que los relatos paternos le atribuían siempre. La Patria, que no de otro modo oía llamar la ciudad desconocida donde naciera, iba creciendo y desarrollándose en su imaginación con toda la magnificencia y el prestigio con que suele envolver la tradición los objetos distantes. Y en medio á esa atmósfera de ensueño, bajo ese cielo que la leyenda fingía más esplendoroso y más bello que todos los cielos, en ese suelo ideal que su alma miraba como el único campo digno de sus fuerzas de joven, creía renacer en otra vida, participar de las luchas y de los triunfos de otros días, ser contemporáneo de los hombres que ilustraron el grande hogar de sus mayores.

Guerreros, estadistas, oradores, poetas, los visionarios y los hombres de acción, surgían ante él como animados por el mismo soplo creador, iluminados por la misma luz, serena y diáfana, fundidos en un mismo molde, como si hubiesen sido arrancados al mármol ó al bronce por un solo y poderoso artista.

Un fuerte y continuado ejercicio había armonizado y unificado las severas líneas de sus rostros, comunicádole á sus cuerpos y á sus gestos la misma distinción, difundido en todos aquellos hombres un marcadísimo aire de familia. Era una no interrumpida cadena, donde los eslabones, así fuesen de mayor ó de menor resistencia, hubieran sido formados de idéntica materia, engarzados los unos á los otros, ora fuesen frágiles y delicados, ora pesados é irrompibles, como si se hubiese querido representar de este modo las mil formas que asumía la virtud de la raza y hacer más visible la vigorosa sabia que alimentaba el organismo de los distintos representantes de la ciudad.

Ni aun cuando los examinase uno á uno lograba él advertir la menor desvia-

ción del tipo que todos ellos habían grabado en su retina; ni aun cuando comparase los personeros de los contrapuestos bandos ó se fijase, comparándolos también, en individuos de distintas generaciones, alcanzaba á descubrir desemejanzas que hiciesen presumir variados orígenes ó extraños procesos de formación. El que en días propicios estableció sobre bases firmes una institución ó impuso á sus contemporáneos los valores que había creado, no venía á ser sino el padre ó el abuelo del que más tarde derrumbó la institución ó consiguió sustituir los antiguos con valores contrarios; el que en un momento dado del desenvolvimiento de la ciudad acariciaba ó difundía un orden de ideas y principios, no cedía ni en pujanza ni en nobleza al que hacía por que floreciesen ideales ó principios antagónicos en ese mismo momento; los que pugnaban por repartir á manos llenas los dones que habían alcanzado al escalar la disputada altura y los que se mostraban avaros de los tesoros que su condición de dominadores les aseguraba, eran, á no dudarlos, descendientes del mismo tronco robusto y venerable, habían crecido al calor de la misma madre, y si en la sucesión de los días produjeron flores de distinto color fue, sin duda, porque el viejo tronco se empeñaba en demostrar de esta suerte cuán grande era la fuerza que bullía en su interior y se esparcía con igual ímpetu por todas sus ramas.

Un proceso lento, regular, había originado en el terreno aquellas eminencias á donde los ojos de los más se volvían con respeto: una noción muy honda de todo cuando representa el poder y el mando había facilitado en toda ocasión el florecimiento de un grupo de hombres más perfectos, más sanos, más enérgicos que los demás, en quienes se encarnaba y fructificaba el alma de la ciudad y que, conscientes de su misión, sabían indicar al rebaño humano las obras de provecho que, bajo su dirección, debía acometer.

Recorriendo los anales de la ciudad pudo fácilmente observar que el grupo de los conductores ó, más bien, de los educadores, no llegó á faltar nunca, como si la vehemente aspiración que los menos perfectos abriganaban de llegar un día á la alta cima hubiese nacido del culto de los héroes, de los grandes hombres ó, al menos, no se hubiese apartado un solo instante de la instintiva inclinación que les enseñó á obedecer y á respetar á los dioses que tenían á su cargo la protección de la ciudad.

Pero sus padres, quizás porque no fueron testigos de ello, no le hablaron nunca de la ruina, del decaimiento de la Patria.

Con los ojos del cuerpo había visto él un panorama distinto del que enantes le ofrecieran los ojos del espíritu; con sus manos, que desde lejos había tendido como para alzar la santa representación de sus sueños, había tocado cosas asquerosas, inmundas; los contemporáneos que la leyenda le prometía, acaso habitaban las empolvadas páginas de un viejo infolio; el antiguo verbo, que sus oídos creyeron escuchar, había enmudecido, se había perdido en medio á la algazara de las gentes que invadían la plaza pública; los ideales que un tiempo fueron divinizados, los principios que constituyeron la salvación de la ciudad y fueron como el credo de sus fundadores, eran ahora vilipendiados y ultrajados.

Sus padres no le dijeron que la sabía más pura, fatigada de ascender, habiase filtrado, gota á gota, por los tallos de las plantas que, arrastrándose, cubrían el suelo; que los hombres, en vista de ese espectáculo, habían abandonado el culto de los héroes; que cansados de contemplar las alturas y de colocar en ellas al triunfador, habían nivelado el terreno y vivían destruyendo las pequeñas eminencias que lograban formarse; que no queriendo ya levantar la frente para recibir de lo alto la palabra de salvación y de consuelo, la habían dado en perseguir á todo aquel que les hablase de los conductores de otros tiempos; que enfurecidos con solo pensar que hubiesen existido hombres superiores, perseguían y despedazaban á cuantos ha-





cian por restablecer la tradición: que asombrados con la idea de que hubiesen habido funciones más altas que otras y, por lo tanto, mayor ó menor grado de idoneidad é inteligencia, habían acabado por redactar un código en el cual establecieron, que á mayor ignorancia debía corresponder mayor mérito; que las acciones más loables eran, precisamente, las que las antiguas leyes castigan con la cadena ó el azote; que no observándose en los bosques de donde seguramente provenia el hombre ninguna de aquellas leyes á que estuvieron sometidos, los más perfectos de entre los hombres debían de ser los que se hallasen más cercanos del origen.

Así, en vez del himno ligero y alegre que, según la tradición, entonaron las innumerables teorías que aquellos hombres acostumbraron enviar al templo que, desde la colina cercana, dominaba la ciudad, no le fue dado oír sino el ronco y monótono canto que condenaba á los más fuertes y exaltaba á los más despreciables; en lugar del versículo de la antigua ley, que prometía coronas y palmas á los que de algún modo lograran destacarse por cima de los demás, en lugar del precepto que premiaba y defendía á los más aptos, lo perseguía y torturaba el

grito que le oyó Zaratustra á los últimos hombres: «Nada de pastor y un solo rebaño!»

Destruídos los antiguos monumentos, arrasados los objetos que pudieran dar testimonio de la gloria pasada, creyó que podría encontrar, difundida por los campos cercanos, la vieja alma de su pueblo. De allí que, atraído por las luces que, dulcemente, se morían en el cielo, tratase de pedir á la naturaleza la revelación de sus sueños. Pero la naturaleza, queriendo vengarse de los hombres que habían deshonrado la Ciudad, lo atormentaba á toda hora con la fiel representación de su miseria.

Hacia el este, el mar se había ido retirando, y las tierras que, en gran cantidad, se desprendían de la abandonada colina, habían robado á las aguas una gran extensión. Lentamente, el aloe, el cactus, el agave, empezaron á crecer hasta apoderarse de casi todo el terreno. Los agaves, raquiticos, enfermizos, se alineaban hacia la parte en donde se habían detenido los derrumbes, y desde aquella relativa altura, para reemplazar, sin duda, las columnas que una vez se irguieron en la solitaria eminencia, ostentaban sus altas varas florecidas, bien que vanas y deleznales; los aloes, en frondosas

cepas que se deshacían en pencas de un ocre tenue, impregnaban el aire con su olor nauseabundo; los cactus, no muy elevados, apenas mostraban en sus tallos espinosos, exangües, frutos que no alcanzaban la plena madurez.

Persiguiendo las luces que erraban por el cielo, mirando fijamente el paisaje, analizándolo con amor, creía asistir á la agonía de la ciudad, experimentar el mismo, infinito dolor que padeciera, las angustias todas que precedieron su muerte.

La escasa luz que, al caer de la tarde, se extendía por la llanura, avivaba en el suelo oscuro y húmedo los manchones de sal que la filtración de las aguas producía de continuo, se arrastraba con pereza, y pálida, casi lívida, conseguía llegar hasta la inmóvil y plateada superficie del mar y convertirlo en un inmenso lago á donde iban á perderse el movimiento y la vida. Y en esa atmósfera, donde la luz parecía desmayarse, el alma se hundía pausada y dolorosamente, asfixiándose con el olor nauseabundo de los aloes, viendo cómo, por todos los poros, la sangre se escapaba gota á gota en medio á la furia de las espinas que, sin piedad, incaban las carnes.

ÁNGEL OESA R RIVAS.

I

Un diario de provincia publicó hace tres años un artículo intitulado *Estudio gramatical*, en que proponiéndose su autor, con tono de maestro aunque contra viento y marea, fijar un postulado, asentó el siguiente imposible: no existen los genitivos *de mí*, *de tí*, de los pronombres personales *yo*, *tú*, ni tampoco el genitivo *de sí* de la forma refleja del de la tercera persona.

Nada, que sepamos, se ha publicado entre nosotros contra semejante inexactitud, la cual, por nuestros deberes para con la Real Academia Española, no debemos tolerar que siga inadvertida, sino antes bien patentizada en estas cuantas líneas.

Confesamos ingenuamente que el tono magistral del autor al establecer tan flameante regla, no pudo menos de causarnos sorpresa, y aun de inspirarnos cierta desconfianza de los elementos que todos traemos adquiridos de antaño y desde nuestros primeros años. Pero pronto caímos en lo craso del adesejo, que, para velar mayor claridad en las palabras, debemos atribuir á la modernista manía evolutiva hoy tan al uso en la *república* de las letras.

Y lo más singular de la aserción es que el autor no la comprueba con otra autoridad que la suya:

«Vamos al caso» (son sus palabras): «muchos gramáticos dicen que el genitivo de *yo* y de *tú*, es: *de mí*, *de tí*. Esto es inexacto, puesto que *de mí*, *de tí* nunca son genitivos, sino reconocidos ablativos. Veamos ejemplos: «Se despidió de mí.» «Hablo de mí en términos muy fuertes.» «El se quejaba de tí.» «Se separó de tí.» «De mí sé decir que no lo haría.» «Diciendo *de sí* lo que otra persona, por respeto, «no les habría echado en cara.» «La resolución depende de mí; la ejecución, de tí.» En todos estos ejemplos se ve que «son ablativos. Cuando sea genitivo se usa *mío*, que es el adjetivo *meus*, *mea*, *meum* latino, y, como tal, tiene concordancia. Se dice: «el sombrero *mío*, la casa *de mí*, y no el sombrero *de mí*, la casa *de tí*.» Así, pues, parecemos incorrecto enseñar que el genitivo de los pronombres *yo*, *tú*, *se*, son: *de mí*, *de tí*, *de sí*»

Nótese desde luego lo desacertado del autor al escoger nueve ejemplos de casos terminales regidos de verbos que forzosamente piden ablativo, para deducir ilógicamente, como regla general invariable, que esos mismos casos no pueden, en su lugar y tiempo, ser genitivos. Falta de lógica, ésta, que resalta al trocar él la entonación de maestro con que comienza su Estudio, por el modesto parecer con que lo termina.

Lo único con que el autor pretende autorizar su regla, ó parecer, es la nota que trae una gramática (no la conocemos) en estos términos: «Las formas terminales *mí*, *tí*, *sí*, no admiten la preposición *de* expresando posesión. Así, se dice: «eso esperan *de mí*, *de tí*, *de sí*» (ablativo); pero no puede decirse: «eso es *de mí*, *de tí*, *de sí*» (genitivo).—La futilidad de esta nota no exige demostración.

«Los que dan en sus gramáticas» (continúa el articulista) «el genitivo *de mí*, *de tí*, *de sí*, tienen un pequeño punto de apoyo, y es que á veces, no siempre, «son genitivos cuando sigue el adjetivo *«mismo»*, por ejemplo: «esa casa es *de tí mismo»*, pleonasmo no muy usado, pero es un caso de genitivo. En lo siguiente,

«aunque parece genitivo no lo es sino ablativo, ó, por lo menos, tiene mucho colorido de ablativo: «no te puedes retraer; esa apreciación es *de tí mismo»*»

En el primer ejemplo: «esa casa es *de tí mismo»*, atribuye el autor á este adjetivo pleonástico la virtud de trocar en genitivo, lo que sin ese punto de apoyo sería, según él, ablativo. Pero esto es evidentemente insostenible, como es también incomprensible lo de dar ese adjetivo «mucho colorido» de ablativo á lo que él le parece ser genitivo.

Hablando de los pronombres *yo*, *tú*, *él*, dice Salvá: «estos pronombres, llamados *personales* por los gramáticos, tienen verdaderos casos;» y nuestro Bello, acerca de los mismos pronombres, se expresa así: «hay que distinguir cuatro casos: nominativo *yo*; complementario directo ó acusativo, *me*; complementario dativo, *me*; terminal, *mí*» (genitivo ó ablativo, según el caso.)

Confirman esta doctrina, fuera de las dos citadas gramáticas, las demás que tenemos á mano, como también el uso doctrinal de los autores, entre los cuales nos basta citar algunos que traducen el *Miserere* MEI, *Deus*, de David, así: (1)

De la misma manera siguen traduciendo el genitivo latino *mei*: Godoy (D. Mariano), Barbajero (D. Justo), Arnao (D. Antonio), Rebollo (Conde de), (el Abate Villaroel), Arroyal (D. León de), Virues (D. José), y el Venerable Fray Diego de Cádiz. Omitimos las Paráfrasis anónimas de las Bibliotecas de El Escorial, la Patrimonial de S. M. y otras, en las cuales el genitivo *mei* latino se halla traducido por el correspondiente *de mí*, castellano.

(1) Traducción en verso del Salmo L de David, por D. Fernando de La Vera é Isla. Madrid: 1879.

«Duélete ch Dios, de mí, y escucha el grito»

(DE LA VERA É ISLA.)

«Duélete de mí,
Según tu misericordia.»

(JUAN DEL ENCINA.)

«Señor, misericordia
De mí, según la grande que en tí veo.»

(D. PEDRO MONGAY Y DESPES.)

«Misericordia de mí,
Señor, si á juzgarme vienes.»

(VEGA CARPIO.)



El versíc. 38 del Evang. de San Lucas: «*Et clamavit, dicens: Jesus, fili David, miserere* MEI, lo traduce D. Félix Torres Amat así: «Y al punto se puso á gritar» (el ciego); «Jesús, hijo de David, ten piedad *de mí*»»

El P. Scío de San Miguel traduce así el mismo versíc.: «Y dijo á voces» (el ciego): «Jesús, hijo de David, ten misericordia *de mí*»»

El citado P. Scío traduce las palabras finales del versíc. 19, cap. XXII del mismo Evangelio: «*hoc facite in* MEAM *commemorationem*» así: «esto haced en memoria *de mí*»»

Igual á ésta es la traducción del referido texto, hecha por el P. J. F. de Isla de la Comp. de Jesús, la cual dice: «haced esto en conmemoración *de mí*. (2)

El P. Scío traduce el versículo 13, cap. XII del Génesis: «*Dic ergo, obsecro te, quod soror mea sis, ut benè sit mihi propter* TE, *et vivat anima mea, ob gratiam* tui,» en estos términos: «Dí, pues, te ruego» (Abrahán á Sara), «que eres mi hermana, para que yo haya bien por amor *de tí*, y viva mi ánima por tu respeto.»

El versíc. 29, cap. XLIII del Génesis, dice:

«*Attollens autem Joseph oculos vidit Benjamin fratrem suum uterinum, et ait: Iste estvester frater parvulus, de quo dixeratis mihi? Et rursus: Deus, inquit, miseretur* TUI» (genitivo), «*fili* mí.»

Y lo traduce el P. Scío así:

«Y alzando Joseph los ojos, vió á Benjamin hermano suyo uterino, y dijo: ¿Este es vuestro hermano el pequeño, de quien me hablasteis? Y dijo después: Dios tenga misericordia *de tí* (genitivo), «hijo *mío*»»

El versíc. 5, cap. XVI de la profecía de Ezequiel, que dice:

«*Non pepercit super te oculus ut faceret tibi unum de his, misertus* TUI» (genitivo), lo traduce así el P. Scío:

«Ni ojo se compadeció *de tí*» (genitivo) «para hacerte una de estas cosas, apiadao *de tí*» (genitivo.)

Los casos terminales *de mí*, *de tí*, en todos los anteriores ejemplos, son de genitivo, lo cual nadie podrá poner en duda.

También lo son en los siguientes ejemplos:

«Nos sentaremos á la mesa en este orden: Juan al lado *de tí*, Pedro al lado *de mí*, Antonio al lado de Francisco; y cada cual de nosotros tendrá cuidado *de sí*»»

«*De tí*, de Antonio y *de mí* son los tres buques anclados en el puerto.»

«*De tí*, *de mí*, de quienquiera que resulte ser la casa en tela de juicio, habrá que demolerla porque amenaza ruina.»

«Este reloj es *de mí* propio, y *de tí* también.»

En los anteriores ejemplos no hay pronombre alguno en caso terminal de ablativo.

Si Adam, al despertar de su profundo sueño y viendo á Eva, en vez de exclamar, conforme al Génesis: «Esto ahora, hueso de mis huesos, y carne de mi carne» (P. Scío), se hubiera expresado así: «Eva, tú eres *MI parte* ó *parte* MÍA, su apóstrofe habría sido equívoca, dando á entender más bien con ella que Eva le había sido adjudicada en una quiebra, en un remate ó en alguna partición.

Peor todavía se habría expresado D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos escribiendo en su tragedia *La Condesa de Castilla* (acto III, escena V):

«¡Ay! ¡ay! helada

Una mitad de mí, ya no la siento.»

(2) *Año Cristiano*, por el P. J. Croisset, t. 2o, pág. 711. París: 1892.



SANSON Y DALILA. — Cudro de Salomon J. Salomon

Confirman la genuina doctrina todas las gramáticas conocidas, siendo entre ellas la primera la de la Real Academia Española, que trae en la analogía los genitivos *de mí, de tí, de sí*, de los pronombres personales, y trata de su concordancia, en la sintaxis, textualmente así:

«Los genitivos *de mí, de tí, de sí* tienen poco uso en castellano, aunque los vemos bien empleados en locuciones como *una mirada DE MÍ*; en favor *DE TÍ*; *señor, señora ó señores DE SÍ*. Y también se hallan con frecuencia seguidos de los adjetivos *mismo, misma, ó propio, propia*; como en *enemigo DE MÍ MISMO, ó DE SÍ PROPIO*; en *La Carcelera DE SÍ MISMA*, título de una comedia; y en *los mansos poseerán la tierra, como señores DE SÍ MISMOS*. Pero más generalmente se emplean «los adjetivos *mí, mía, mío; tú, tuya, tuyo; su, suya, suyo*, en lugar de los genitivos *de mí, de tí, de sí*. Dícese, pues, según «los casos, *MI opinión* ú *opinión MÍA* (y no *opinión DE MÍ*), *TU libro* ó *libro TUYO* (y no *libro DE TÍ*), *SUS parientes* ó *parientes SUYOS, ó DE ÉL* (y no *parientes DE SÍ*). «Adviértase que no son casos de genitivo, sino de ablativo, aquellos en que la preposición *de* significa lo mismo que *por*: como al decir despedido *DE MÍ* (POR MÍ), «recibido *DE TÍ* (POR TÍ), ayudado solamente *DE SÍ* (POR SÍ, por solas sus propias fuerzas.)»

No es, por lo tanto, cuestionable la existencia de los genitivos *de mí, de tí, de sí*, de los pronombres personales; y queda además patentizado el adefesio de que «nunca son genitivos sino reconocidos ablativos.»

II

Mas para que se comprenda bien esta doctrina, y, sobre todo, para que se eviten anfibologías en el uso de los pronombres personales y sus adjetivos derivativos, es bien agregar á la teoría gramatical lo siguiente.

Con el genitivo de pertenencia ó posesión se expresan dos órdenes de cosas: relaciones *subjetivas* y relaciones *objetivas*. Las primeras son inherentes al poseedor, inseparables de su persona; las segundas, vienen ó llegan de afuera al poseedor, y, por lo tanto, se conciben separables de su persona.

En el caso primero, es forzoso el empleo del pronombre en *genitivo*, como lo demuestra la traducción del versículo 21, de El Libro de Job, hecha por el P. Seo:

«*Miseremini mei*» (genitivo), «*miseremini mei, saltem vos amici mei*» (vocativo), «*quia manus Domini tetigit me.*»

«*Apiadaos de mí*» (genitivo), «*apiadaos de mí, siquiera vosotros mis*» (vocativo) «*amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.*»

En el citado caso se demuestra: 1º que siendo los padecimientos del santo Job inherentes á su persona, inseparables de su espíritu, fue forzoso é inevitable al P. Seo verter el genitivo latino *mei* por el genitivo castellano *de mí*; y 2º que siendo de afuera, cuasi-apropiables (digámoslo así) los amigos de Job, prefirió el adjetivo posesivo al traducir el vocativo latino *mei*, que también pudo verter por el genitivo *de mí* del modo que en seguida diremos. Esto mismo queda demostrado en lo que arriba hemos expuesto, y también lo comprueban los ejemplos siguientes.

«Pedro: el recuerdo *de tí* será eterno en

mi casa.»—Nadie dejará de comprender que tal recuerdo es de la mencionada persona.

«Pedro: *tu* recuerdo, ó el recuerdo *tuyo* será eterno en mi casa.»—En este ejemplo, el posesivo *tu, tuyo*, lo hace anfibológico y hasta equívoco: en efecto, ese recuerdo puede ser el de la persona de Pedro, ó el que Pedro haga ó haya hecho de mí, ó el de algún suceso, propio ó extraño, que Pedro haya despertado en mí, ó yo en Pedro.

Por último, la Real Academia Española confirma, como se ha visto arriba, la existencia de los genitivos *de mí, de tí, de sí*, al decir que «tienen poco uso en castellano.» Esto último se explica por la exigencia del oído español tocante á lo musical y numeroso de las expresiones, exigencia tan intolerante que á veces sacrifica la precisión y la claridad á la inflexión siquiera venial de la regla: «Si ser puede, no se concluyan las cláusulas, ni aun cada uno de sus miembros, con un *pronombre*, un adverbio ú otra de las partes menores del discurso.»

Según lo cual, aun siendo correcta la expresión: «esa casa es *de tí*,» es desaplicable é ingrata al oído y cuadra más en ella la sustitución del adjetivo *tuya* al genitivo *de tí*; á menos que se quiera equilibrar los términos de la dicha expresión así, por ejemplo: «esa casa es *de tí MISMO*.» Nótese que el adjetivo pleonástico *mismo*, sólo tiene aquí el mencionado objeto, pero no la virtud portentosa de trocar en genitivo lo que en la misma expresión le pareció ablativo al autor del «Estudio gramatical.»

RICARDO OVIDIO LIMARDO.

Caracas: 1º de enero de 1903.



PROMETEO. — De Andrés Pérez Mujica



SÍMBOLO

A DON J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Desparecía el sol en occidente, arrojado en su manto de oro con la regia pompa de gran monarca moribundo.

En la abrupta cumbre, una cruz levantada en alto, y en ella, enclavado y muerto, el Divino Redentor de los humanos.

MARÍA y Juan eran los testigos mudos de aquella trágica escena: velaban al pie del madero santo, como ángeles custodios del Mártir inocente.

Tras la agonía de la tarde, tendió la noche sus alas medrosas y sombrías; y el pueblo deicida,—ebrio de vino y de impudor,—ovacionaba á Barrabás, cantando el himno macabro de su infame abyección.

Roncos de vocear y extintos de fuerzas para continuar bullendo y cantando en la bacanal estúpida, unos caminaban dando traspies, y otros quedaron tendidos por los suelos, como soldados muertos en sombrío campo de batalla.

Rasgó la luna las densas brumas que encapotaban el firmamento, y desde el zenit de la estrellada comba, radió,—como hostia de luz,—bañando la pálida frente del Cordero.

La Madre y el discípulo amado, llenos de duelo infinito, velaban al pie de la cruz; y en medio de aquella escena de recogimiento, de aquel silencio augusto, santificado por la gracia de la oración, estalló frente á Jesús, turbando la triste, sagrada paz, una cargada sacrilega...

Cayó Juan de rodillas, como fulminado por el rayo; y la Madre mártir,—que vió cruzar ante sus ojos, con la instantaneidad del relá-

pago, la silueta espantosamente horrible del insultador,—abrazó en el paroxismo de su dolor inmenso los pies ensangrentados de su Hijo muerto, bañándolos de lágrimas....!

El que había reído era Judas!....

Pero al tercero día de haber reído el sacrilego, resonaron con maravilloso estruendo todas las músicas del Empireo; y las legiones angélicas, agitando sus alas resplandecientes en la inmensidad etérea, cantaron, como hermosa salutación al cielo y á la tierra:

—¡Resurrexit!.... ¡Resurrexit!....

Y Satanás rugió de odio!....

JESÚS había triunfado por el amor, y comenzaba el reinado de la Misericordia!

RAFAEL DE LOS RIOS.

NÓMADE

Iba por el desierto camino de la Vida,
En el corcel errante que cabalgó Mazeppa;
Abrió el dolor en mi alma los bordes de su herida,
Y proseguí sereno por la blanquiza estepa.

Allá, lejos, muy lejos, el sol su faz hundía
Tras el rojizo dombo del ancho firmamento;
Cuando cruzó á mis ojos una ideal teoría
De virgenes errantes, con paso firme y lento.

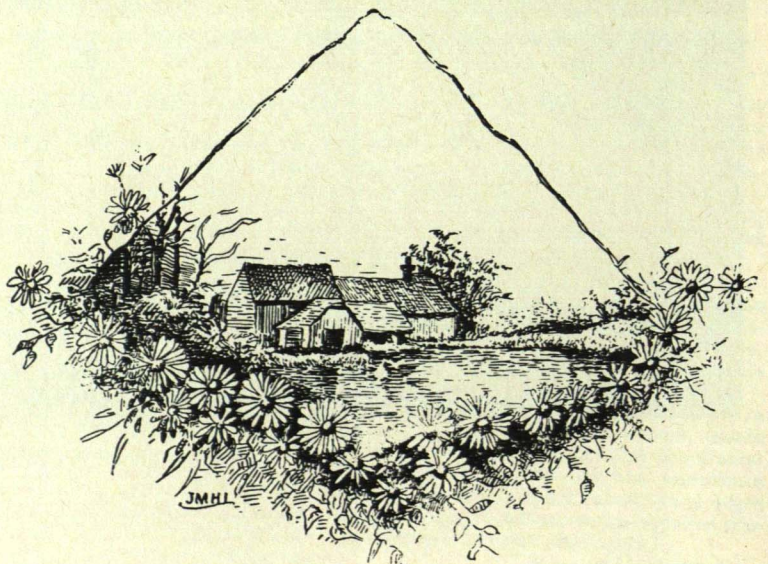
Y contemplé el silente desfile de las Horas.....
Bajo el albor profundo de los callados cielos,
A la inefable lumbre de infinitas auroras
Abrieron sus corolas los mustios asfodelos.

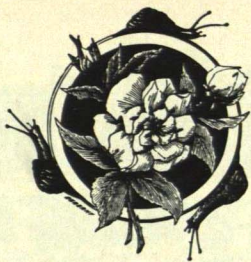
Seguí sin rumbo fijo, seguí por el desierto,
Por el desierto vasto que un mar de arenas finge;
Y allá en la lejanía, en el confin incierto
Calcaba su silueta la misteriosa Esfinge.

Las sombras vesperales desplegaron el manto;
Por el tranquilo espacio la noche descendía;
Y á mi alma entristecida vencióla el desencanto,
Entre las nieblas grises del moribundo día.

Abrieron las estrellas su plateado broche;
Se iluminó de pronto la solitaria estepa;
Y proseguí el camino en medio de la noche,
En el corcel errante que cabalgó Mazeppa.

EDUARDO CAREÑO.





NO ES ALLÁ



LLÁ, me dijeron, más allá de la torcida carretera, más allá del pueblo, en

triste, aquella lívida tarde de otoño tan hosca, aquella tarde tan fría; te habías ido, y estabas allá sola, allá donde no hay sol, ni follaje, ni pájaros, ni rosas; más allá de la carretera polvorienta, más allá del pueblo, en la mitad de la colina

camino que recorriste tú la vispera balanceándote entre flores, balanceándote en los brazos de la muerte.

Subí y caí anonadado de rodillas para llorarte mejor; de rodillas para darte tus rosas y tus besos mezclados con los míos, con todos los besos que yo no pude darte, con todos los que yo debía darte cuando fuera al huerto por ti.

lo alto de la colina silenciosa, bajo la sombra de aquel grupo de árboles mustios que se inclinan tristemente sobre la tierra ¡allá está!

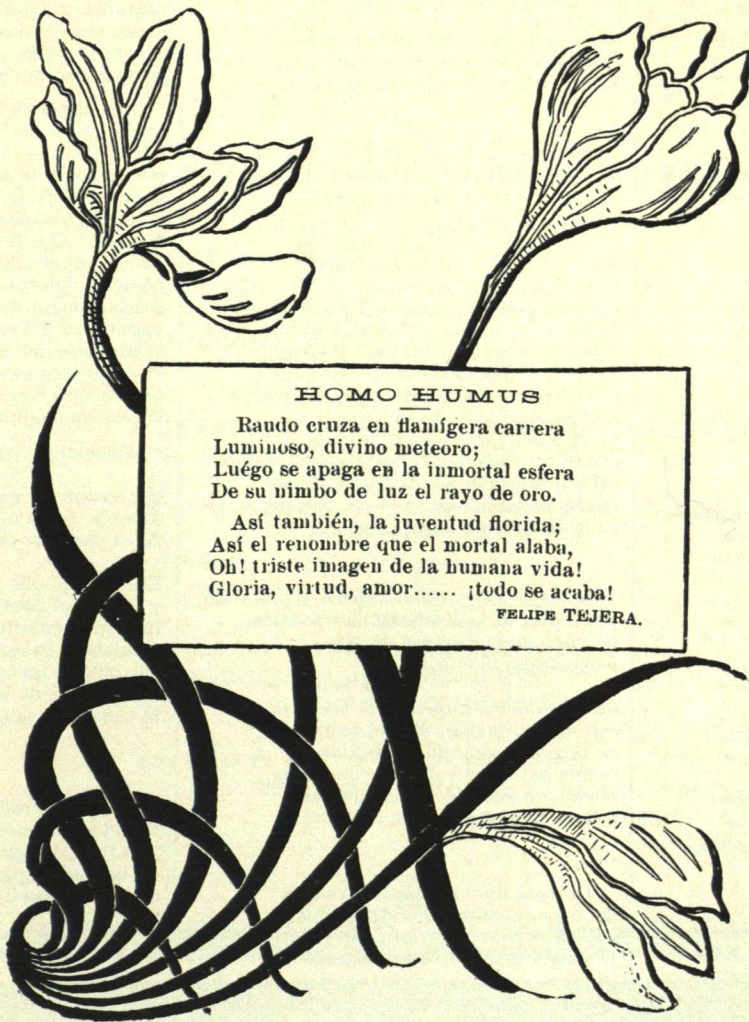
¿Allá? No, no era posible, no era ese el risueño rinconcito de verdura que me pintabas en tus cartas, el pedazo de la huerta lleno de sol, lleno de flores, lleno de pájaros que gorjeando la alegría de vivir en tu ventana, parecía que te llamaban para que bajases al jardín á coger rosas. Y no eran

de allí las rosas que impregnadas de besos me mandabas para que besos y rosas te llevara cuando fuera por tí.

No, no era ese el frondoso huertecito, refugio de tus últimas ternuras, donde tú me esperabas, no era ese. Te habías ido, te habías ido para siempre del huerto, te habías ido por aquel camino tan

silenciosa, bajo los árboles de mustias desmayadas cabelleras.

¡Y allá subí á buscarte!..... El cielo estaba gris, el día estaba negro, la campiña estaba triste. Subí: subí desesperado y loco, subí dando tumbos, deseando caerme por el barranco abajo. Subí yo no sé cómo por el camino horrible, por el camino lóbrego, siniestro, espantoso



HOMO HUMUS

Raudo cruza en flamígera carrera
Luminoso, divino meteoro;
Lúego se apaga en la inmortal esfera
De su nimbo de luz el rayo de oro.

Así también, la juventud florida;
Así el renombre que el mortal alaba,
Oh! triste imagen de la humana vida!
Gloria, virtud, amor..... ¡todo se acaba!

FELIPE TEJERA.

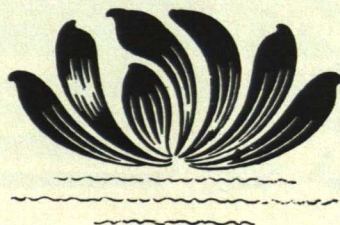
Ya ves; fui á buscarte, y te he traído; y aquí estoy solo contigo, solo con tu recuerdo, solo con tu imagen, con tu memoria intacta y pura en el fondo de mi alma. En el único sitio hermoso que hay en ella he levantado yo tu verdadero sepulcro.

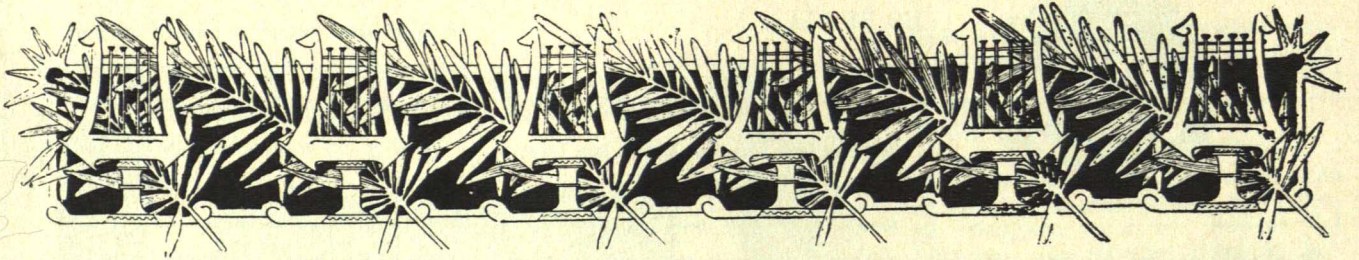
Ya no volverán á decirme: ¡Allá, más allá del pueblo, en lo alto de la colina silenciosa, bajo aquel grupo de árboles de mustias desmayadas cabelleras... ¡allá está!

¿Allá? No: no me lo volverán á decir, porque no es allá donde tú estás.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Paris: 21 de noviembre de 1902.





DE UN POEMA INÉDITO

¡ *Excelsior!* !

Ascender ! Ascender !

¡ Qué á mí el picacho
cuyo vértice agudo rasga el vientre
de la nube que canta en las alturas
del himno de las roncadas tempestades !
Más alta es la montaña del ensueño,
y yo subí á la cúspide imposible
sin que el ave del vértigo azotara
con sus alas mis sienes.

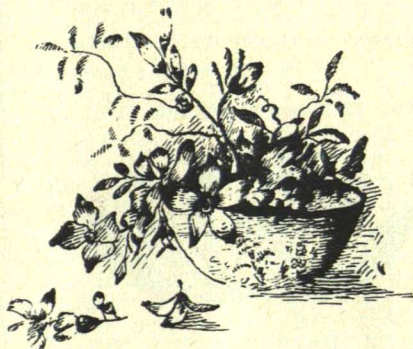
¡ Que amedrenta,
desde la cumbre que el ardor pregona
del águila caudal, ver el abismo,
el abismo insondable donde hierve
la negrura genésica del caos ?
Como la mar de la ciudad maldita
es el abismo de la infancia : oculta
debajo de su negra superficie
vorágines y vórtices de cieno ;
y yo, desde la altura luminosa
de mis aspiraciones ideales,
empujado á traición rodé hasta el fondo
sin que enlodara un átomo siquiera
el generoso esfuerzo de mi vida !

Ascender ! Ascender !

Hasta la cumbre
donde la idea se transforma en astro,
y el astro radia sobre el fango infecto
su piedad infinita : su limosna
de compasiva luz.

I

Dejé el angosto
camino que á la cúspide conduce
y trepé, sudoroso y jadeante,
por el agrio cantil donde se estrella
la cólera del mar. ¡ Nunca el peligro
amenazó tan cerca á la esperanza,
á la esperanza de vencer ! Tampoco
mayor empeño comprobó la ingente
fuerza que el alma, cuanto más herida,
en sus dominios misteriosos crea !
Debajo la nerviosa crispatura
de mis débiles manos, cada roca
era un peldaño menos en la escala
de la ruda ascensión. Mi frente ardía
como la llama de implacable incendio ;
mis pies sangraban purpurando el monte,
y con indócil, turbulento ritmo,
romper quería el corazón su cárcel,
mientras cobraba singular impulso
mi noble empeño en coronar la altura.



II

¡ Feliz quien fortalece y dignifica
su combatido espíritu en la recia
batalla de la vida ! ¡ Venturoso,
quien herido y cansado en el palenque
su voluntad incorruptible exalta
con el vino del triunfo ! La impoluta,
la de roble inmortal, ardua corona,
para quien firme en la pujante liza,
roto el escudo, se desnuda el pecho !

III

Con ósculos de paz, el aire puro
que se respira en la empinada cresta
dulcificó la fiebre de mis ansias
rebeldes al pesar.
Del sol muriente
sobre la espuma de la mar caíau,
á manera de pétalos de oro,
sus lágrimas de fuego. — ¡ También sufre
el padre de la luz ! ¡ También solloza
como la pobre humanidad ! ¡ Acaso
no delatan las sombras la amargura
de su arcano dolor ? Triste y medroso
arrópase en la túnica intangible
de su enfermera pálida, la tarde,
cuando presente en la penumbra occidua
los informes fantasmas que la noche,
hermana del silencio y de la muerte,
en la siniestra soledad propaga.

IV

Sobre el negro canal, ancho y profundo,
por donde el mar á la ciudad penetra,
la postrimera claridad del día
parpadeaba al morir.

Era la hora
de las místicas nupcias del misterio
con la meditación. Era el instante
de la grave quietud del infinito,
donde se juntan como dos plegarias
el callado silencio de las tumbas
y la enorme tristeza de la vida !

V

Ruinoso dolmen, secular remate
del áspera eminencia, altar ó fosa,
en cuyas negras y profundas grietas
la sangre de remotos hotoeustos
purpura la leyenda de los siglos,
benigno amparo prometió á mi angustia
y blando apoyo concedió á mi frente.

Pensé ? Dormí ? Soñé ?

Cándida, intáctil,
piadosa y bella, fulgurante y noble,
envuelta en áureo, vaporoso peplo,
virgínea aparición con lento paso
hasta mí descendió, como descendiendo
por escala de lirios milagrosos
al antro de los negros infortunios,
coronada de estrellas, la esperanza.
Posó, ligera y suave, en mi cabeza
su mano luminosa cual un prisma,
y regaló mi oído con la dulce
cadencia de su voz :

— Poeta, duerme,
en tanto que la noche taciturna
mantiene suspendido en el espacio
su negro cortinaje : aquí la noche
sublima el sufrimiento de las almas
mordidas por el mal.

Duerme, poeta ;

duerme y sueña á la vez hasta que brille
la aurora sobre el monte : aquí la aurora
ilumina la ruta del futuro
y despierta en el alma el sentimiento
del amor y del bien. Cuando reposes,
cantarás tu dolor : aquí en la cima
jamás el rayo desgarró la nube,
sin que la nube, al estallar el rayo,
se coronase con la luz del iris !

Contémplame !

Recuérdame !

Fui tuya,

y tuya soy y lo seré ! No importa
que ayer sufriera tu desdén : soy siempre
la amada que perdona tu desvío.
Mírame ! Que tus ojos en mis ojos
jamás tropezarán con la perfidia :
bésame ! Que tus labios en mis labios
jamás tropezarán con el perjurio ;
y áname ! Y verás cómo en tu pecho,
al contacto del mío, el ave muda
de tu primer amor repite el himno
que celebró con cláusula himenea
la excelsa conjunción de nuestras almas !

Amémonos, poeta !

Soy la misma
que su corona de fragantes rosas
deshojó, como ofrenda, en el camino
de tu naciente juventud.

¿ Te acuerdas ?

Era un tapiz de pétalos tu ruta,
y yo, núbil duetriz, en el lejano
indistinto confín del horizonte,
señalaba á tu espíritu radiante
una ciudad incógnita, una patria
de sueños y de luz. ¡ Era, poeta,
la Ciudad de la Gloria ? —

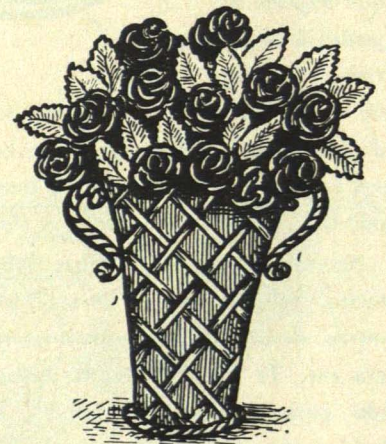
VI

Alcé la frente

y clavé la mirada en el espacio.
Era el espacio transparente velo,
y la luna, surgiendo, parecía,
un neblumbio gigante que se abría
en la turquesa diáfana del cielo.

ANDRÉS MATA.

1902.





¡ADIOS

—

Te quise bella, te quise pura,
pero en la copa de tu ternura,
como en el fondo de impuro vaso,
placer exiguo, pudor escaso
solo encontré.....

Aún eres bella, pero no casta,
y la hermosura nomás no basta!....

Yo te adoré

porque en tus ojos,
como en el fondo de un lago en calma
se ven los cielos, yo vi tu alma,

vi un alma bella,
huerto sin cardos y sin abrojos;
y porque el ángel de la virtud
más que una estrella
iluminaba tu juventud.....

Hoy que se ha ido
lo que me ató

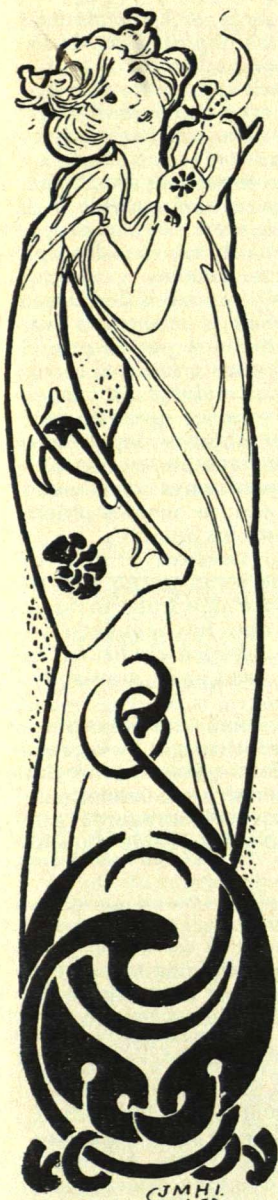
á tus encantos, á tu hermosura;
hoy que en tu seno no hay un latido
que me revele que aún eres pura;
hoy que aquel ángel te abandonó,
hoy que mi beso tiembla de frio
sobre tu boca, seco panal;

hoy que el hastio
vierte su vaso

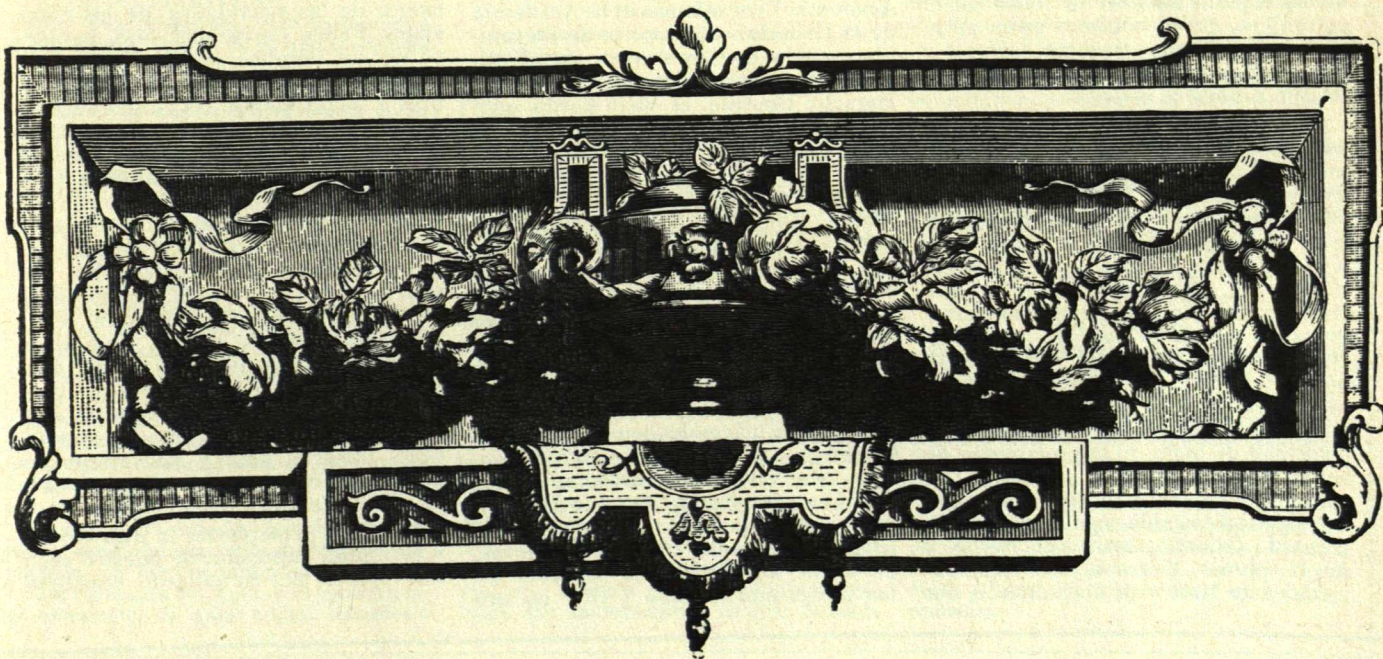
de tus ternuras en el raudal,
lirio inodoro, preciosa dalia
sigo el consejo del Hombre-Dios:

apuro el paso,

sacudo el polvo de mi sandalia,
te digo adios!



VÍCTOR M. RACAMONDE.



Cualquiera que sea el concepto de la vida, cualquiera que sea la noción que poseamos de nuestro destino, está fuera de toda duda que no será digna ni bellamente humana ninguna labor que no se realice á costa de los más resueltos y aun dolorosos sacrificios, y que salga de las manos del artífice ennoblecida por los más altos y puros atributos de la abnegación y de las virtudes más esclarecidas.

No hay ningún camino de gloria y de honor que no exhiba la huella sangrienta de los que por él han marchado hacia los ideales excelsos; no existirá para el inmarcesible aprecio ninguna obra de hombre que no muestre los signos de las amarguras, de los embates, de las agonías que ha costado el esfuerzo de su realización. Así como van impromoviblemente estigmatizados los réprobos, los que no merecieron la honra de la vida y de su afán preclaro, los que se fugaron del deber, van también, señalados por inextinguibles resplandores que son su nimbo de dignidad y su aureola de grandeza, los que reciben serenos el encargo de la brega inevitable y soportan valerosamente el conflicto irresoluble de vivir en honor y en preclaro orgullo.

Ninguna ilusión, pues, nos miente al emprender la nueva etapa de nuestro deber aceptado y reconocido; ningún espejismo engaña nuestra visión del futuro: veteranos ya en estas rudas campañas, en que venimos cumpliendo

una consigna sagrada de la civilización y del progreso, bien sabemos cuáles son los caracteres sin generosidad de esta lucha que, si extenua y hace acres sus días, permite también hacer nutrida provisión de legítimo orgullo, para erguirnos frente á las demandas del decoro humano y proclamar, desde el fondo de la conciencia, que hemos cumplido todo nuestro deber y que hemos hecho toda la parte de tarea que cabe en el espacio de nuestro día y de nuestra aptitud.

Quando todo falte, quando todo se niegue, inclusive el aplauso, sin exceptuar la gratitud, tendremos siempre el derecho de afirmar, sin contestaciones, que merecimos y supimos ocupar el puesto que solicitamos en el concurso de los buenos.

Para estas aserciones, que parecerían ajenas á la índole, esencialmente literaria y artística de nuestra publicación, nos autoriza la diaria experiencia, sorprendente pero innegable, de que se desestima ese carácter de la Revista, se desconoce de propósito su tendencia manifiestamente civilizadora, se olvida deliberadamente lo que en cuanta oportunidad habida hemos hecho constar acerca de nuestro criterio, á fin de poder intentar comprometernos en debates, disquisiciones, controversias y asuntos de naturaleza extraña á nuestro exclusivo deber, siempre que no hemos querido, ni debido poner nuestro esfuerzo y nuestra obra, á discreción de

los intereses de secta, de las tendencias de escuelas, de las imposiciones de sistemas, de las intemperancias, de las pasiones y hasta de las opiniones personalísimas y de los caprichos individuales. En los anales literarios, artísticos y científicos de la prensa universal, jamás, en ningún país ni en tiempo alguno, ha llegado á realizarse, ni será posible, esa obra maravillosa, ideal y de magia, que satisfaga cada una de las variadas opiniones y voluntariedades y de los múltiples deseos y caprichos de los que piensan y escriben y aspiran á ver triunfantes, sin lucha y por su propia virtud, sus ideas y sus creencias. Cuando ello sea una realidad en países más avanzados y mejor provistos de elementos que el nuestro, seguiremos entusiasta y resueltamente ese maravilloso sistema, para cuya efectividad no disponemos aún de medios prácticos y satisfactorios los hombres.

Mientras tanto, nuestros procederes y procedimientos serán como han sido durante los once años transcurridos, idénticos á los que hoy emplean en Europa y en la América civilizada las publicaciones á las que es similar EL COJO ILUSTRADO.

En esta oportunidad, repetimos nuestros cumplidos á los colegas de la prensa, aprovechándola para reiterar las expresiones de nuestro reconocimiento á los distinguidos colaboradores que nos han honrado y favorecido durante el año anterior.

TEXTO DE LA PRESENTE EDICION

El número de hoy aparece engalanado, en sus columnas literarias, con la elegante cooperación de nuestros más brillantes colaboradores; bien que no todos aquellos con que cuenta nuestra Revista y que merecen legítimamente aquella calificación en las letras patrias, hayan podido hacer de presente en esta oportunidad, á causa de las múltiples dificultades que nos ha ofrecido el estado anormal de los meses del año próximo pasado, y por hallarse un apreciable número de ellos en el extranjero, cuyos nombres están en la memoria de todos nuestros lectores y cuyas producciones no han llegado á tiempo á nuestro poder.

Al asignarles lugar á sus producciones, no hemos observado, deliberadamente, orden alguno respecto á representación literaria, llevados del deseo de romper con la enojosa preocupación de los *puestos*, que en publicaciones como ésta, atentas todas las necesidades de orden editorial antes que cualesquiera otras, no significan gerarquías, ni quitan ni agregan importancia al mérito, renombre y reputación de los autores: éstos poseen su valimiento colocado á la altura que le es propia, sin que ésta la determinen la prioridad de lugar ni la preferencia de colocación.

Así, abierta esta edición con el nombre de incontestable reputación de don Eduardo Calcaño, artista del verbo y de la pluma, ciérranla las firmas excelentes de Mata y de Racamonde, dos

de los más notables representantes de la literatura joven de Venezuela.

Entre esos límites extiéndese la brillante columna de los representantes de nuestras letras, en más de una generación: el presbítero doctor Carlos Borges, ornamento de la tribuna sagrada, poeta exquisito y noble; el señor don Marco-Antonio Saluzzo, individuo de ambas Academias, profesor de literatura hebrea, tribuno y diplomático; don Felipe Tejera, de la Academia Venezolana, de la Academia de la Historia, catedrático de literatura española, poeta y escritor; don Francisco Pimentel, académico y poeta; Heraclio Guardia, el viejo bardo querido de las Musas y de todo cuanto es noble y gallardo; Gabriel Muñoz, ferviente del culto helénico, enamorado de los recuerdos de la tierra clásica; Torres Abandero, tierna musa, alba é íntegra como el alma del poeta; Gutiérrez Coll, muerto para la patria, para el arte y para las letras, imperecedero en nuestros loores y en el cariño á sus manes ilustres; Pedro-Emilio Coll, espíritu apacible, alma de ensueños, pensador extraño y taciturno; Díaz Rodríguez, artista sublimado sobre los bloques de sus mármoles serenos; Eloy G. González, escritor de fecunda imaginación, de verbo elocuentísimo y de «hábitos tribunicios»; Octavio Hernández, poeta, periodista, profesor de lengua castellana; Fernández García, el poeta de las dulces tristezas de las tardes moribundas y rico en oro

ideal; Arciniegas, diplomático, trovador; Max Guevara, de inspiración amorosa y melancólica; Jacinto López, polemista político; Sales Pérez, cuya pluma es cauterio á la dolencia social; Juan E. Arcia, poeta, militar, alma de combate; Juan Duzán, que sube ya con bello acervo las cuentas de Himeto; don Pedro Arismendi Brito, que fue un tiempo bizarro militar, hoy académico de la Historia, poeta y escritor; Alejandro Carias, el joven cantor de las suavidades de las cosas viejas; Felipe Larrazábal, hijo, heredero de un nombre en las letras ilustres, literato él también; el doctor Andrés J. Vigas, periodista culto y sereno, escritor castizo y original; Angel César Rivas, abogado y prosador; don Ricardo Ovidio Limardo, filólogo, académico, juriconsulto; José Antonio Espinoza, el joven autor de *Regionales*; Ríos, periodista y poeta; Eduardo Carreño, de la entusiasta generación devota de arte y belleza; Miguel Eduardo Pardo, escritor polemista, que se ha hecho un nombre y una reputación en las letras hispanas de ambos continentes, á puro y diario esfuerzo propio y que ahora escribe bajo las congojas de un amargo dolor; y por último, Andrés Mata y Racamonde, á quienes ya conoce con aplauso y cariño el continente.

Réstanos presentarles la más cordial y cumplida expresión de nuestro reconocimiento por su gallardo concurso.

ULTIMA HORA

MARTIN TOVAR Y TOVAR

Caíste al fin, amigo y hermano.

Por numerosos que hayan sido tus días, pocos son para los que te amamos.

Aunque bastantes para tu inmortalidad.

Enamorado de la Patria; tomaste por lienzo nuestra historia, y, mojando tu pincel en la sangre de Carabobo y de Junín, eternizaste nuestras glorias con los resplandores de tu genio, y tu genio con el resplandor de nuestras glorias.

Ahí están tus cuadros refulgentes esperando á la posteridad para decirle que vives todavía y que serás siempre ciudadano del porvenir.

La muerte no puede nada contra el artista, porque no puede aniquilar el alma de que deja éste impregnadas sus creaciones.

Pero el amigo desaparece; el hermano se ausenta para siempre del hogar.

Ese es nuestro dolor.

Yo te ofrezco el mío, como el último abrazo sobre la tierra.

EDUARDO CALCAÑO.

Diciembre de 1902.

NUESTROS GRABADOS

Cuadro de Arturo Michelena

(PÁGINA 5)

No sabemos en qué hora de sus íntimas amarguras trazó el artista su expresión de extraño dolor; ignoramos qué sentimiento aliado á cuál intensa tristeza quiso traducir Michelena, en ese rostro lívido, casi hierático, enfermo, y en esa cabeza cuyos cabellos parecen acolados al cráneo por una exudación de martirio, como una dolorosa cabeza de crucificado.

Un infinito de amargura silenciosa, á la que apenas son válvula quemante los labios entreabiertos, sopla con ritmo fatigoso desde el fondo de esa inexplicable pungencia, que todas las miradas contemplan y que todos los corazones sienten, sin saber decir qué honda miseria, en el inmenso registro del infortunio sangriento, prestó al alma y á los pinceles del artista los rasgos y las líneas de esa figura, cuya tristeza está más allá de las horas ordinarias del sufrimiento,..... acaso más allá de la muerte misma.

Ese dolor enferma, esa amargura es homicida, esa cabeza está bañada en sangre de suplicio extraterrenal.

Cuadro de Michelena

(PÁGINA 35)

Esta obra cabeza del autor de *Pentesilea* y de *Carlota Corday* es de una elocuencia más sugestiva que la anterior.

En su posición, en la expresión del rostro, en las huellas que en él han dejado lágrimas y dolor, en la luz de la mirada, en lo que pudieran murmurar los labios, se advina y se lee una melancólica historia de pesar y de amargura, que bien puede haber comenzado en otra patria, remota y ausente, y ser conocida de otro mundo social, tanto como pudiera ser una historia de nuestro propio solar.

En ese rostro hay todo lo que van gimiendo por el mundo, en un destierro perpetuo, esas pobres hijas del doliente país de Bohemia, errantes flores de leyenda, bellezas lastimosas de circo hípico, que piden á las peligrosas contingencias de su vida aventurera y de su profesión misérrima, las liberaciones de la fusta del mayoral, de los ultrajes de la tribu, del infinito oprobio de un destino bufonesco é impío.

¿O será acaso viviente ejemplar de esos pobres seres que han caído en orfandad despiadada, en hora ya tardía para la misericordia redentora del Asilo y se han arrimado al rescoldo de ajeno hogar, extraños á

las fruiciones de la familia, aun á la condición de la servidumbre, más infelices que ésta, pagando en pena indecible el delito de ser bellas, el delito de no tener ya madre, colocadas en las lindes de la ley social, casi expulsos del amparo de la ley civil?... Incógnita: á tí también, como á las cosas tristes del poeta, te rehusa el vulgo, «el soñador te ama.»

La fotografía

Es una artística y bella composición, ideada y realizada por el señor Héctor J. Soto, de Maracaibo, quien ha sabido elegir y disponer, con la sobriedad requerida por el arte, todos los elementos y detalles del asunto. Ello sirve para revelar en el señor Soto las aptitudes de un artista consciente y discreto, poseedor á cabalidad no sólo de los conocimientos profesionales que su arte exige, sino también del difícil sentido estético, que es el más grave escollo en donde han encallado no pocos de los que se entregan, con sobra de buena voluntad é irremediable escasez de tino artístico, al cultivo del descubrimiento de Niepce.

Cuadro de Herrera Toro

Nuestros pintores poseen, en medio de nuestra rica naturaleza y la típica vida nacional, fuentes inagotables de inspiración y modelos inapreciables para sus creaciones.

Paisajes en que la luz y el color, tocados de delirio, ponen en las cosas el toque de todos los tonos y matices y componen los espectáculos maravillosos capaces de desafiar á todas las fantasías, desde que parpadean las alboradas hasta que agoniza el sol y rutilan las estrellas de la tarde; escenas que contienen todos los movimientos, todas las expresiones, la dirección y la posición de todas las líneas, desde la serenidad solemne de las rectas hasta los caprichosos vértigos de todas las curvaturas; los horizontes, insociables de espacio; las nubes, tenues y silenciosas, lavadas en violeta viviente, ó fulgurantes en coraza nacárea; en rima de eminencias las cordilleras; en cantos ondulantes las llanuras; los tipos de una raza indefinida, asomados á todas las facciones: acervo inexplorado por nuestros pintores, apenas removidos con el borde de la paleta por Herrera Toro, entre otros, á los que no deja, sin embargo, el reclamo de nuestra diaria vicisitud tomar de su yacimiento y ponerlo en telas por las facces nobles y bellas que demanda el arte y que ellos son excelentes en descubrir y hacernos admirar.

Prometeo

ESCULTURA DE A. PÉREZ MUJICA

Otro autor venezolano, que engalana con una obra suya esta edición de nuestra Revista.

Pérez Mujica ha sido ya laureado en concursos escolares de nuestro Instituto Nacional de Bellas Artes, y en otra ocasión nos hemos complacido en reproducir obras suyas á las que el público ilustrado é inteligente ha tributado un aplauso entusiasta, estimulando al joven compatriota á proseguir laborando en el propósito de cultivar las excelentes facultades que lo destinan á una reputación que será su gloria y el justo orgullo de su país.

Nació en la misma ciudad de inteligencia y de vigor, cuna de Michelena.

Un prisionero

Refiérese que el autor de esta fantasía había dibujado representando un simbolismo un tanto enrevesado y oscuro, ya que el primitivo prisionero aparecía bajo la figura de un corazón humano. Un compañero, artista también, había puesto tacha en este detalle, sin acertar á indicarle al autor con cual otro símbolo podría sustituir aquel, hasta que ambos cayeron en que, dadas la

instintiva expresión y las actitudes de las infantiles vencedoras, tanto daba para los efectos y representación de la espontánea crueldad femenina en estas lides aquel pobre corazón cuasi enigmático como otra cualquiera mísera criatura cautiva de las impávidas heroínas.

Bastaba que se representase una suerte de congoja inocente, un verdadero afán en tormento irremediable, el debate primero y la resignación luego de la impotencia convida, hasta afianzar su dominio en un débil hilo, no más fuerte y tenso que la hebra brillante y resistente de una mirada luminosa é intensa, atada en el fondo de los dominios misteriosos de Psiquis.

Del jardín

Primavera sabe que su imperio es efímero. Sus sonrisas son fugaces; su riente luz tiene sólo un parpadeo; son veloces los céfiros que la acarician y llevan raudos sus efluvios; gorjean apenas una mañana las avecillas que la alegran; y Primavera recuerda que cuando verano agostador toque rebato á sus galas, la tierra va á lanzar desde sus entrañas vulcanizadas un amplio aliento calcinado, que secará hasta la savia de los tallos é incinerará la carne de los pétalos; recuerda que no quedarán sino pavesas del triunfo de los incendios estivales; que dirá sus resposos otooño gembundo, que pedirán coronas los muertos de noviembre, arropados por las últimas nieblas, ateridos por las primeras ráfagas del invierno tremulante y que cuando ella, Primavera, vuelva á sus imperios, también querrán dulces campanulas titilantes las auras de diciembre y las fiestas pascuales.

Y por toda su experiencia, y por todos sus recuerdos, y por su infinita dulzura compasiva y cariñosa, Primavera hierve en flores en los verjeles é inunda de aromas las praderas.

Samson y Dalila

El cuadro es digno del relato bíblico. Robusto, vigoroso, atlético, como el gigante juez de Israel; tumultuoso, como los terribles días del pueblo de Dios; trágico y pavoroso, como su destino; propio para encajar en ese cielo de portentos, que tiene oleadas como las del diluvio, desiertos como el camino de Canaán, tempestades como el Sinaí. Todo removiendo, agitando y ahogando la población de sabandijas que son la perfidia, la astucia, la ruindad, hervidero vermiente que roe y carcome la fábrica de Israel, hasta que cruje despedazada y se dispersa en el huracán que sopla sobre la tierra la tarde del Calvario.

Un accidente

El paisaje está lleno de sol. Al conducir la carretilla de hojarasca de la vecina huerta, el infantil labriego se ha herido; y mientras las solícitas enfermeras, acaso sus hermanas, le prestan cariñosos cuidados, resplandece en todo el cuadro, como nota vibrante, el imperio de luz que el sol hace brillar por entre los claros del follaje, poniendo chispas doradas al pie de los árboles, y un nimbo rubio de querubines en redor de los cándidos rostros de las enfermeras.

En familia

El eminente artista ha realizado una obra de difícil disposición tanto como de admirable movimiento. En una tela de moderadas dimensiones ha colocado las diez y seis personas de su familia, conservándoles sus actitudes y su desembarazo, con una puntualidad y tino dignos del renombre de Durán.

Circulan ámpliamente el aire y la luz por entre esa muchedumbre en que aparecen el propio pintor, de notable parecido, su mujer, sus hijos y su yerno, M. Georges Feydeau, el autor de chispeantes y aplaudidas comedias.

SUELTOS EDITORIALES

FRANCISCO G. TRAVIESO

Si todas las nociones de un deber distinguido, puestas resueltamente al servicio de su diario y constante cumplimiento; si la franca aceptación de la vida, torturante como ella es, asumida como una obligación de honor, para lucharla, dominarla y vencerla, son títulos al aplauso para los que en medio de ella se han agitado, y á que consagremos con sincera ofrenda de cariño la memoria de los que sucumben en esa ruda faena, sin duda merece esos homenajes el amigo, el ciudadano, el trabajador, el padre de familia que acaba de morir.

Sus sentimientos más nobles palpitaron por ese culto de la amistad cuyos devotos van siendo escasos y extraños por el mundo, urgido por más bajos intereses.

Sus aptitudes y su actividad las consagró á una labor honrada, de reclamos siempre perentorios, á cuyo cumplimiento estaba vinculado á toda hora su nombre, su reputación, su decoro público.

Generoso y leal, su mano fue pronta al alivio del ajeno pesar, á la solución de dolorosos conflictos íntimos, en pobres hogares perseguidos por una amargura implacable.

Fundó un hogar, que deja exornado por las más bellas virtudes, por las más distinguidas preesas de honorabilidad y rectitud.

La sociedad, la amistad, la patria, contemplan con profunda aflicción cómo se ha ausentado del puesto meritísimo que por su esfuerzo alcanzó en ellas.

Dolorosamente afectados por la pérdida del que fue nuestro amigo de especial estimación, nos unimos á su distinguida familia en la indecible pena que la agobia.

LIBRO PÓSTUMO DE MONTALVO

EL OCTAVO TRATADO

El señor don Leonidas Pallares Arteta, Cónsul General del Ecuador en Génova, nos ha remitido un ejemplar de la obra póstuma del autor del *Banquete de los filósofos*, que lleva por título *GEOMETRÍA MORAL* y que don Juan Valera considera como el octavo tratado.

El libro comienza con una carta-prólogo del mismo Valera al mencionado señor Pallares Arteta, y es suficiente excusa a nuestra insuficiencia, cuando de Montalvo se trata, insertar algunas palabras del señor Valera acerca del autor y de este libro. Aquel, para el ilustre crítico español, «aprendió cuanto había que aprender». «¿Qué punto de moral, pregunta, de doctrina teológica, de dogmas y principios filosóficos antiguos y modernos no toca Juan Montalvo en sus *Siete Tratados*, y también en el presente libro póstumo, que, según ya he dicho, como su tratado octavo debe considerarse?»

En nuestras ediciones sucesivas nos proponemos insertar algunos capítulos de esta nueva obra, rica en maravillas

de ingenio, de erudición y de estilo, inimitable como de Montalvo.

Quedamos altamente reconocidos al señor Pallares Arteta por el valioso obsequio que nos ha hecho.

NECROLOGÍA

En los días trascurridos desde la circulación de nuestro número anterior, nuevos pesares han venido á aumentar la tristeza de distinguidos hogares y apreciables relacionados y amigos nuestros.

Entre las defunciones que debemos lamentar sinceramente se cuentan: la de la señorita MARIA TERESA HURTADO, de la familia de nuestro colaborador el joven poeta J. Fernández Hurtado; la señora MATILDE VEGAS DE VÁZQUEZ, esposa del doctor Ciro Vázquez; la señora CARMEN DE RIVAS, muerta lejos de su cariñoso hijo, nuestro muy apreciado amigo y colaborador el doctor Angel C. Rivas; el doctor CASIMIRO HERNÁNDEZ, médico reputado, en quien pierde la ciencia uno de sus devotos y la humanidad uno de sus bienhechores; la señorita MARIA DE GUIA VAAMONDE, hija del señor doctor S. Vaamonde Bleshois.

A las familias y deudos de los finados nos unimos en su dolor.

"IRIS"

Es el título de una revista semanal literaria, que han fundado en esta capital y dirigen los jóvenes Francisco G. Yanes y A. Riera Martínez.

Hemos recibido los primeros números, y al agradecer su envío nos complacemos con toda sinceridad en tributar nuestros aplausos muy cordiales á los referidos jóvenes que al iniciar su actividad en la vida pública, lo hacen bajo los auspicios de un noble propósito y ponen sus ideas y su entusiasmo al servicio de una hermosa aspiración, lejos de consumir sus primeras energías en fútiles empeños ingloriosos.

"LA RESTAURACIÓN LIBERAL"

El día 13 del próximo pasado mes de diciembre, celebró este colega de la capital el tercer aniversario de su fundación; y en aquella oportunidad hizo recuento de sus labores en el campo político en donde ha venido combatiendo.

Al retribuirle el saludo que dirige á la prensa, hacemos votos por su prosperidad.

FRANCISCO DE PAULA GUERRERO

Ha fallecido el señor FRANCISCO DE PAULA GUERRERO.

No solamente la sociedad de Caracas pierde uno de sus miembros más dignos de estimación; sino que las filas del trabajo y de la industria ven ausentarse definitivamente á uno de sus más esforzados y nobles campeones.

No se quejó ningún dolor sin que su corazón tuviese un eco simpático de consuelo; ni lloraron las miserias sin que él enjugase todo llanto; ni hubo mano que implorase en el silencio y en la amargura que no encontrase generosa la suya.

A los deudos del finado presentamos nuestro pésame.

Completo éxito.—Léase el siguiente certificado del doctor Jesús M. Palacios, de Caracas:

Doctor Jesús M. Palacios, Médico-Cirujano de la Universidad Central de Venezuela,

Certifica: Que ha usado la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa llamada de Scott, en todos aquellos casos en que es necesario usar una medicación reconstituyente y reparaadora, obteniendo siempre el más completo éxito.

La Emulsión Legítima.

Millares de médicos han justificado con su autoridad que no existe nada mejor para robustecer y fortalecer el organismo que la preparación llamada EMULSION DE SCOTT, compuesta de aceite de hígado de bacalao en combinación con hipofosfitos de cal y de sosa, seguros por su experiencia que aquél nutre y fortifica á la vez que los hipofosfitos entonan el sistema nervioso, restaurándole las fuerzas y energía vital, para repeler principios antagónicos y recuperar la salud normal. Preparación de tan benéficos resultados terapéuticos es la legítima

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao é Hipofosfitos de Cal y de Sosa

que se despacha bajo la firma de los Sres. Scott & Bowne, Químicos de Nueva York. Medicamento el más importante y sin paralelo, es verdaderamente digno de ser recomendado como lo es por los Señores Médicos, como heroico regenerador de organismos debilitados y preventivo de muchas enfermedades, por cuanto á que purifica y enriquece la sangre.

SCOTT & BOWNE,
Químicos, New York.

De venta en las Boticas.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSE, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los "principales" establecimientos de la República

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lacuée, Paris y las principales boticas.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRITUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue Richelieu, Paris

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
TRATAMIENTO Complementario del **ASMA**
Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis, y en todas Farmacias del extranjero.

ALMANAQUE DE PARED Astronómico y Religioso para 1903 — Propiedad de la Empresa El Cojo
Está á la venta

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre al Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

PERMANENTE

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, si no recibiere el valor de el nuevo trimestre.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

DE LOS RES

CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

Fca G. SÉGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange butelière, Paris

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombrices y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flamas.

Rehúese todo antiemático que no lleve la Firma **PAUL GAGE**
Depósito General, D^o Paul GAGE Hijo, P^o de 1^o cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXÍJASE DEL D^o GUILLIE • OOTICO

Ratos Perdidos
Por F. de Sales Pérez
NUEVA EDICION
CON NUEVOS ARTICULOS
está á la venta
á 7 rles. ejemplar

Sangre
Patricia
NOVELA
POR
M. Díaz Rodríguez
DE VENTA
á 7 reales
ejemplar

EXÍJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: **DEHAUT A PARIS** impresas en "sangre".

Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS las mas activas.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO
A LA VENTA EN ESTA EMPRESA

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jaques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaras.



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
 á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

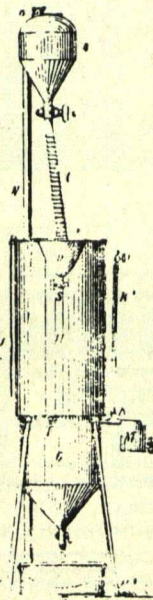
SE VENDE
F. COMAR & FILS EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS
 PARIS 619

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

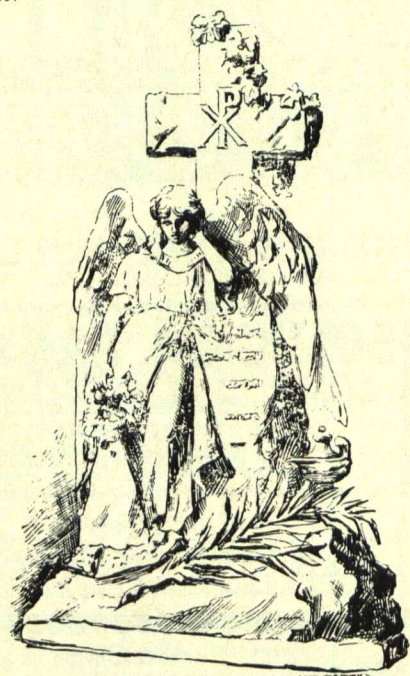
De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento **ACETILENO** Departamento **MARMOLES**
APARATOS sistema Roversi
 Carburó de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.
 Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberias y accesorios de todas clases, Instalaciones completas.
EL IDEAL á cada de carburó en el agua. PRIVILEGIO NUM. 161



Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 á k 50 - Valor: de \$ 15 á \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Bello - Faro de Puerto Cabello - Dr. Conde Flores - Dr. Lacovalerie - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmolería Roversi - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero - Saldívar - Montemayor, etc.

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias
Jaqueca
Ciática.

GLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
607

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Frasco 5 fr. en Paris.

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso CANDES & Co. B-St-Denis-19

JARABE AUBERGIER

TOS

CATARROS BRONQUITIS INFLUENZA INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

GLIN y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA VINO CLOROSIS

AROUD

CARNE - QUINA - NIERRO

El más poderoso Regenerador.

Jarabe de Digital de **J LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

Argotina y Grazeas de LERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO SOLUCION TITULADA Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas. AMPOLLAS ESTERILIZADAS para inyecciones Hipodérmicas Medalla de ORO de la 3ª de Fª de Paris. LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

PARNASO VENEZOLANO

POR

D. JULIO CALCAÑO

—

PRECIOS

A la rústicaBs. 3

Empastado.....Bs. 4